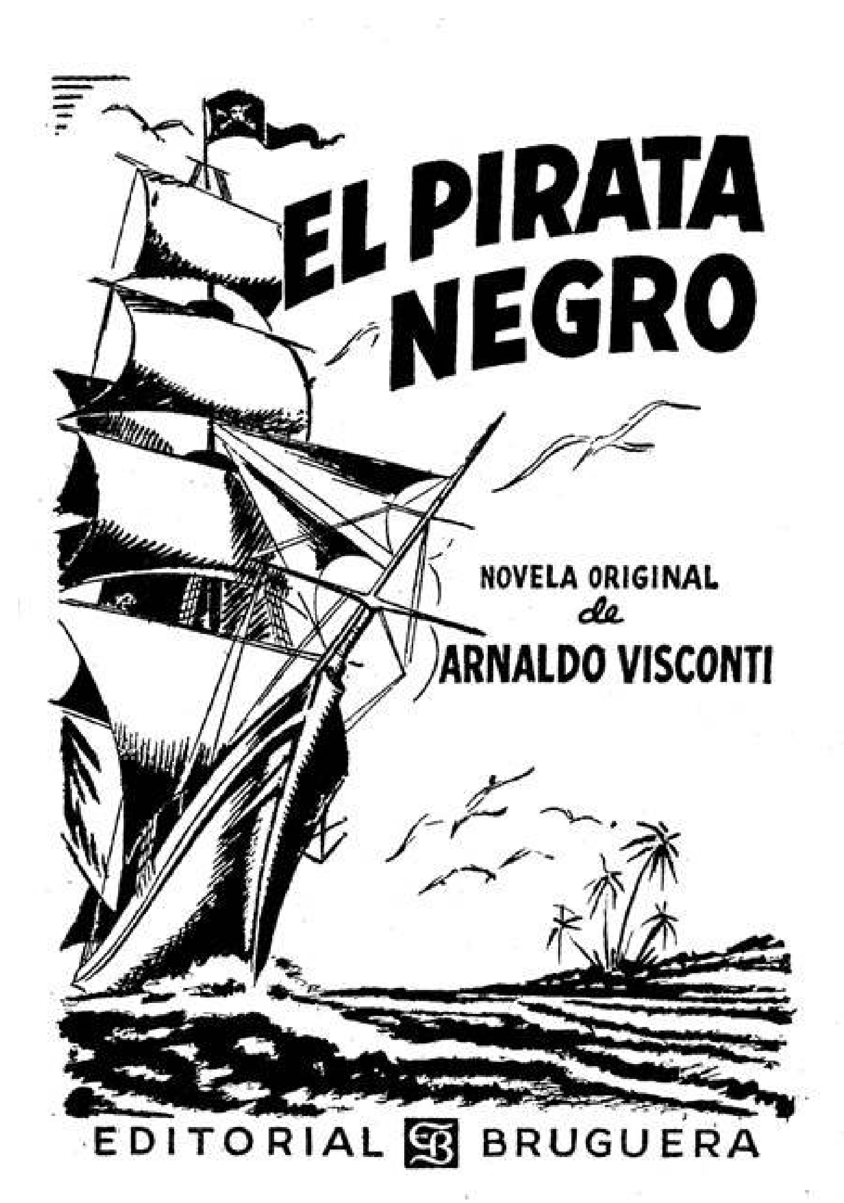
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

3 PTAS

CONTRA VIENTO Y MAREA


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL
BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Contra viento y marea

Colección El Pirata Negro n.° 29

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


Contra
viento
y
marea

CAPÍTULO PRIMERO

Sus Señorías se reúnen...

El hostal de maese Alba se señalaba desde lejos a la atención de los viajeros, por sus emparrados de pámpanos rojizos que circundaba los azulados grises de su techo de pizarra.

Era el hostal más importante del paisaje de la rivera extremeña.

Situado en la ribera del río Manso, a menos de media legua del pueblo y cercano a la mansión del Justicia Mayor don Gonzalo de Amor, su clientela era varia.

Hacia fines de abril del año de gracia de 1710, una mesa ya dispuesta esperaba a los comensales que le habían encargado.

Maese Alba, en pie tras el seto que encerraba el jardín delantero de su hostal, miraba con parpadeantes ojos las olas calmosas y límpidas que originaba en el río una barca que lo estaba atravesando en aquellos momentos.

El rostro rubicundo del posadero, iluminado por el brillo malicioso de dos ojillos grises, se destacaba soportado por los repliegues grasosos de un cuello voluminoso.

El buen hombre era de formas macizas y piramidales. Su pecho amplio tenía por base un vientre enorme, soportado valientemente por muslos y pantorrillas pletóricos de grasas.

Era el emblema viviente de la excelencia de sus comidas, que ya corroboraban el ruido alegre de las cacerolas despidiendo delicados aromas desde una sala cuya puerta se abría al jardín.

Un pinche, tan descarnado y desgalichado, como obeso y macizo era el mesonero, relamíase, aspiraba en la cocina con deleite los perfumes que despedían los manjares ya preparados.

Inteligente y astucioso, disfrutaba de la confianza absoluta de maese Alba y tenía por sobrenombre el de “Zorro".

Los pensamientos de maese Alba no se apartaban de la “pesca”, que tres días antes por la noche había hecho en las plácidas aguas del río Manso, donde con su barca y un surtido de cebos dedicábase pacientemente a extraer hermosas truchas.

Meditaba en quién podía ser el misterioso caballero, joven y bien plantado, en cuya espalda una ancha herida hablaba del paso de una daga traidora.

Había sido providencial, pensaba el mesonero, que estuviera él con su barca cercano al lugar donde, el que al principio creyó cadáver, hizo su aparición flotando boca arriba.

El buen hombre, pasado el primer susto, había recogido al malherido, que en el momento presente dormía profundamente en el propio y mullido lecho de maese Alba, quien, poco amante de contactos con la gente de curia, prefería aguardar de boca del misterioso agredido la explicación de su desventura, cuando desapareciese el letargo en que estaba sumido de resultas de la herida, que a otro hombre le hubiese causado una muerte cierta.

Mientras, de vez en cuando, el “Zorro" iba a atender al malherido, renovando las eficaces compresas de hierbas maceradas, receta del propio maese Alba, que conservaba celosamente, por ser legado un viejo soldado de los Tercios de Flandes, que le había jurado que no tenía igual para “resucitar muertos.

En otras dos ocasiones anteriores el posadero había comprobado toda la eficacia de aquel bálsamo que ahora estaba cicatrizando la espantosa herida.

Pensaba el posadero que también contribuía al buen éxito del bálsamo de hierbas, la atlética constitución del herido, cuyos amplios pulmones le habían permitido soportar no ya la atroz puñalada, sino también la inmersión en el río.

Mientras maese Alba iba pensando en todo ello, la barca que no dejaba de observar había acabado su travesía y se arrimaba a lo largo del banco do guijarros de la ribera.

Para cualquier otra persona que no fuese el posadero ya acostumbrado al espectáculo, el desembarco de los extraños pasajeros que acudían ofrecía un pintoresco cuadro.

Una decena de robustos lacayos, escalonados desde la barca a la ribera en línea y con los pies hundidos en el limo, se pasaban de mano en mano, como si se tratara de cubos, a unos seres diminutos,

suntuosamente ataviados con vestidos excéntricos en colores y corte.

Los transportados emitían agudos chillidos de espanto, viéndose suspendidos en brazos por encima de los bordes pantanosos del río.

El lacayo que los recibía en último lugar los depositaba respetuosamente en la arena seca, donde formaban un grupo extraño.

Algunos de ellos iban cubiertos con gorros de pieles de gran tamaño y otros ostentaban turbantes empenachados con grandes plumas.

Esos seres grotescos eran los enanos bufones del palacio de don Gonzalo de Amor, Justicia Mayor de las Andalucías.

De vez en cuando visitaban la posada de maese Alba, donde saciaban su gula, y se encontraban en ella a gusto, porque sabían que allí podían hablar sin reservas y sin temor a indiscretos oídos.

Estaba el viejo Tito, al cual su edad avanzada le hacía sacudir siempre la cabeza con aire de indulgente filosofía; le acompañaba el poeta sentimental llamado La Rosa; el político Rodillo, de nariz respingada y ojos malignos e impertinentes; el zambo Malfreno, avaricioso y de mal carácter, y, por último, el diminuto Bertoldo, que, pese a su talla grotesca, esgrimía la espada mejor que un mosquetero.

Con el gorro en la mano y la espina dorsal en arco, maese Alba precipitóse al encuentro de los visitantes que franquearon el umbral de la posada, dedicándose entre sí grandes muestras de cortesía.

—Bienvenidas sean sus señorías —saludó maese Alba respetuosamente.

—¡Hola, doctor fabricante de salsas! —exclamó Rodillo—. ¿Qué has dispuesto hoy para deleitar nuestros paladares?

—Truchas, su señoría, aderezadas según mi receta particular.

—Que te enseñó el lameplatos de tu padre, el cual la había heredado del grasoso abuelo, quien, a su vez, la recibió del ladrón de su bisabuelo-gruñó Malfreno, sintiéndose amablemente sarcástico.

—Las genealogías culinarias tienen nobleza-añadió La Rosa, redondeando su boca microscópica.

Instantes después los enanos eran colocados en sus sillas por los lacayos, y maese Alba, asistido por el “Zorro”, fué sirviendo la

comida.

Los lacayos, impasibles, servilleta al brazo y un jarro al puño, manteníanse en pie tras los sillones de los comensales, y al vaciarse las copas iban sirviendo en ellas más vino.

La comida fué declarada exquisita por los enanos, en quienes el vino empezaba a causar el efecto acostumbrado, desatándoles las lenguas.

Para aquel enjambre multicolor, cuyas anchas orejas escuchaban tras todas las puertas, había siempre materia de comadreo. Y aun, muchas veces, no les era siquiera preciso escachar ocultamente porque delante de ellos, los que frecuentaban la mansión del señor de Amor, no se recelaban de hablar, como lo hacían delante de sus perros.

—Hermosa trifulca la que tuvieron el aventurero y Gonzalito-dijo Rodillo con su habitual descaro —. Hace ya cuatro días de la conversación que sostuvieron, pero la recuerdo como si fuera reciente. Ambos estuvieron magníficos. El papá defendíase como un energúmeno y no quería ser suegro. El aventurero simulaba muy bien su total desprecio del dinero...

—Y luego se largó con las cartas de pago, para no aparecer más por la mansión donde suspira la niña enamorada-dijo Malfreno.

"Sus Señorías" solían distinguirse en las sobremesas que efectuaba en la posada de maese Alba, por un exacerbamiento de sus naturales temperamentos venenosos.

Influía en ello, sin duda alguna, el exceso de libaciones.

—El amor y las mujeres son peligrosísimas pasiones-dijo La Rosa, suspirando.

—Pero el aventurero llamado capitán Lezama demostró sabiamente que ni el amor ni las mujeres son su puerto de arribo-comentó Malfreno, riendo con gruñiditos ratoniles.

—Ruego a sus señorías que sean más comedidos-dijo gravemente el viejo Tito —. No debemos enjuiciar tan libremente.

—Respeto la sensatez que siempre ostentáis, señor Tito-dijo La Rosa, avanzando sus labios diminutos —. Pero es innegable que por lo que nos ha contado el señor Rodillo, e1 capitán Lezama prefirió el dinero a la hija de Gonzalito.

Maese Alba, que atendía a que las copas de los enanos quedaran siempre repletas, no podía evitarse ciertos estremecimientos de al

oir la impertinente familiaridad con la que don Gonzalo de Amor, Justicia Mayor de las Andalucías, era "disminuido" en boca de sus enanos.

—Insensato hubiera sido que pretendiera a la mano de doña Ángeles —dijo Rodillo—. Por tanto, hizo lo más natural, aunque le reprocho que jugase una comedia de dignidad en la que hasta el mismo Gonzalito creyó, y también Joselito.

—Extraña situación la de Gonzalito. Verse de pronto padre de nuevo sin tener esposa, y cuando ya daba por muerta a su hija. En realidad ese aventurero vino a complicarle la existencia.

—¿Por qué? —inquirió La Rosa—. ¿Hay algo más florido que embellecer los viejos y achacosos años de Gonzalito con el perfume de la bellísima flor arábiga? Digo arábiga, porque doña Ángeles transcurrió sus años adolescentes entre árabes...

—Dije que le complicaba la existencia, señor La Rosa-explicó Malfreno —, porque desde que el aventurero capitán Lezama desapareció con el dinero sin dar más señales de vida, Joselito y Gonzalito se enjugan mutuamente las lágrimas.

—¡Locura! Están precisamente muy contentos con que Lezama obedeciera a la voz del oro y dejara en paz a su rescatada arábiga.

—No sabéis el motivo de la tristeza de ambos tiranos-dijo desdeñosamente Rodillo —. Resulta que doña Ángeles rehúsa comer, rehúsa dormir, rehúsa vivir en una palabra. Quiere que le devuelvan a su adorado tormento, y han tenido que quitarle de su alrededor cuanto instrumento pueda causarle herida, porque ella quiere quitarse la vida. ¿No es así, señor Tito?

—Cierto-aprobó el interpelado —. Realmente, doña Ángeles está cautiva en el palacio. Gonzalito no puede consentir que salga de su aposento, porque ella ha jurado que si no vuelve su amado se lanzará murallas abajo

—Tragedias de amor-suspiró La Rosa.

Hasta entonces Bertoldo había guardado silencio continuamente. Pero su rostro conservaba un frunce de nariz, que quería ser un compendio facial de reticente misterio.

Tito dióse cuenta de ello y ondeó cariñosamente una mano hacia el que, por ser un gran esgrimidor, defendía siempre a la tropa de cualquier ofensa "extramuros" de quienes se burlaban de su aspecto.

—Nada decís, señor Bertoldo. Y sois hombre reservado y prudente… cuando sabéis mucho. Por tanto, deduzco que sabéis algo y no nos queréis honrar con vuestras confidencias.

El aludido elevó los robustos hombros que, por su anchura, le hacían aparentar aún más minúsculo de estatura, y en su rostro siguió exhibiéndose una mueca de gravedad,

—El señor Bertoldo quiere manifestar con su mutismo que sabe mucho y no quiere decirlo-vociferó agudamente Malfreno —. Nos quiere mantener sobre ascuas de curiosidad…

—¡Cruel! —exclamó cómicamente La Rosa.

Rió condescendiente Bertoldo y, a los insistentes apremios de los demás, avanzó sus anchas manos deformes, con ademán de petición de silencio.

—Sus señorías están en lo cierto —afirmó con grave voz de roncas tonalidades—. Sé mucho, tanto… que me asusta lo que sé. Un secreto que no puedo revelar, porque si tal hiciera moriría no sólo yo por haberlo dicho, sino vuesas señorías por haberlo oído.

Rieron todos creyendo en una broma, menos Tito, que, sacudiendo la cabeza con aires doctorales, golpeó su copa con un cuchillo para acallar las agudas carcajadas.

—No debemos insistir, señores. Si el señor Bertoldo no quiere revelar lo que sabe, nadie le hará hablar, y si es chanza, ya la hemos gozado.

—¿Tiene vuestra chanza algo que ver con doña Ángeles y su enamorado capitán, señor Bertoldo? —inquirió Rodillo, devorado por la curiosidad.

—Tiene que ver con su caballo, señor Rodillo-replicó Bertoldo sin sonreír, sino muy seriamente.

Nuevas risas estallaron y de nuevo tuvo que imponer silencio Tito, invitando con otro ademán a que Bertoldo prosiguiera hablando.

—He dicho con su caballo, porque es clave de un enigma. Veamos, señores: ¿un hombre de mar qué es lo que más aprecia?

—¡Su barco y el mar! —gritó Malfreno.

—Eso es, señor Malfreno-aprobó Bertoldo —. Y si este hombre de mar es un aventurero que anda por tierra a lomos de un caballo de pura sangre árabe y que vale una fortuna, ¿dejará escapar a su caballo? ¿Andará a pie pudiendo montar en tan espléndido ejemplar

bayo?

—¿Qué queréis decir?

—Que yo vi cómo el caballo bayo corría sin jinete...

Los enanos miráronse entre sí, con repentina curiosidad.

Satisfecho de su efecto, Bertoldo prosiguió:

—No se desbocó, porque cuando venía el capitán Lezama hacia el palacio bien vimos que era un excelente jinete. Y no digo más. Basta que sepáis imaginar todo lo imaginable, para entretener las horas en que no sepáis qué hacer. Pensad tan sólo en un caballo árabe, corriendo alocadamente y sin jinete, por la noche y cerca de las riberas del río Manso... y cerca del palacio de nuestros dos tiranos.

Los enanos no tenían ya deseos de reír, y Tito, mirando por la ventana, resolvió el repentino silencio que se prolongaba a causa de la reticente insinuación de Bertoldo.

—El sol se oculta, señores, y lo estamos olvidando-dijo el viejo enano. —Basta ya de charlas y suposiciones. Es hora de regresar al palacio o Joselito nos tundirá los lomos a fustazos.

Aquella advertencia imprimió actividad a los comensales, quienes se apresuraron en vaciar la última copa.

Sobre el río flotaba ya una bruma ligera anunciando el crepúsculo. La extraña tropa abandonó la posada, felicitando a maese Alba por el agradable yantar.

Mientras que los enanos eran de nuevo transportados en brazos a la barca por los respetuosos lacayos y ésta se alejaba de la ribera, maese Alba se abandonaba a serios pensamientos, mientras contemplaba la estela que dejaba tras sí la barca.

Cuando en un recodo del río desapareció la barca con su cargamento de enanos y lacayos, maese Alba llamó reposadamente:

—¡“Zorro”!

El criado acudió velozmente, y alzada la nariz respingona observó con expresión de pasmo a su patrón.

—Supongo que oirías cuanto dijeron esos menudillos.

—Sí, maese Alba-reconoció el mozo —. Lo oí todo, y estoy asustado porque creo que...

—¿Qué es lo que tú crees, buen mozo?

—Hablaron de un caballo de pura sangre árabe, de color bayo...

—...y en mi establo, cubierto y arropado cuidadosamente, está

un caballo como el que describieron.

—El caballo que yo encontré corriendo a campo traviesa y que, detenido por un seto, me dió tiempo a echarle mano de la brida. Coceaba mucho, porque tenía una ortiga hincada en sus cuartos traseros...

—Ortiga que alguien le clavó... Oye, "Zorro", tú eres un mozo listo y observador. Tú desnudaste al caballero que duerme tan pesadamente entre la vida y la muerte allá en mi mejor habitación. ¿Qué viste en él de peculiar?

—Que estaba empapado de agua.

—Porque lo recogí en el río, imbécil. ¿Qué más?

—Que la sangre manaba a raudales de su espalda. Un puñalón de muerte. Pero gracias a vuestro bálsamo y también a que es un caballero de los más fuertes que en mi vida vi, sanará seguramente.

—¿Qué más observaste en él?

—Que tiene en el cuerpo cicatrices que hablan de muchos combates. Y su piel es bronceada, como... ¡como los hombres de mar!

—Y después de haber oído hablar a esos menudillos, me creo que el caballero que tenemos alojado en secreto... es el llamado capitán Lezama.

—Puede que sí, maese Alba. Pero, ¿y las cartas de pago?

—Lo apuñalarían traidoramente, sin duda alguna, para robarle esas cartas de pago. ¿Por qué tienes esa expresión de miedo?

—¿No teméis que cuando el aventurero recobre el uso de sus sentidos nos apalee al hallarse sin sus cartas de pago? Puede creer que nosotros se las quitamos.

Maese Alba pegóse dos sonoras palmadas en su redonda panza.

—¡Voto a sanes! ¿Tengo yo acaso cara de bribón?

—Vos no, maese Alba. Pero yo...

—Tú, sí la tienes. Pero de mí no desconfiará el caballero, porque mi conciencia está tranquila. Hay en todo esto un misterio extraño...

Subió el posadero hacia las habitaciones altas, y tras él, pisando leve, el "Zorro" le siguió.

Dentro de la habitación, un hombre tendido en el lecho, cerrados los ojos, guardaba una absoluta inmovilidad, gracias al hábil vendaje que le mantenía durmiendo sobre un costado. El posadero se inclinó sobre el durmiente y renovó el bálsamo y las

hierbas que cubrían la ancha herida de la espalda.

Y el “Zorro” volvió a temblar, ya cerciorado de la identidad del herido, porque tanto él como su patrón acababan de oír claramente el nombre que en su delirio pronunciaba el desconocido:

—Ángeles...

CAPÍTULO II

Una hija rebelde y el padre afligido

Dominando el pueblo del Tomelloso y cercano a uno de los serpenteos del río Manso, alzábase la mansión de don Gonzalo de Amor.

En los aposentos de la planta más elevada de la mansión, y que antiguamente fueron ocupados por la difunta esposa del señor de Amor, hallábase ahora Ángeles de Amor.

Sus cabellos sedosos y castaños de cobrizos reflejos; sus ojos azules iluminando dulcemente el delicioso óvalo del rostro delicado, y sus nacarados hombros de línea estatuaria, contribuían a darle un aspecto encantador y de amable fascinación.

Sola en el vasto aposento cerrado, sentada en un regio sillón recamado de pieles, los ojos de Ángeles de Amor erraban por entre lejanos paisajes, muy distintos al verde valle donde brillaban las calmosas aguas del río Manso.

Sus manos delicadas acariciaban distraídamente las cuerdas de un laúd tendido en su regazo, y del cual sólo sabía arrancar notas lánguidas y tristes, porque tristes y amargos eran sus pensamientos.

Evocaba los sucesos que allá en la Ciudad Invisible la habían conmovido en lo más hondo de sus fibras sentimentales hasta entonces dormidas y que despertaron al conjuro del amor que en ella originó la imagen del hombre que, surgiendo misteriosamente del seno del lago apacible, había conturbado deliciosamente su existencia.

Después, la marcha a través del desierto hasta el velero que la había conducido a tierra española.

Y ahora sentíase más presa que cuando lo estuvo en la Ciudad Invisible, donde era la compañera de juegos del príncipe Tarhit.

Hacía ya cinco días que el capitán Lezama, con suave pero firme imperiosidad, la había exigido que se entrevistara a solas con su padre, y desde que ella había cumplido este mandato, sufría una tortura que jamás había conocido.

Sufría intensamente por hallarse separada del hombre que amaba con todas las fuerzas de su ser.

Por más palabras cariñosas que pronunciase don Gonzalo de Amor, para Ángeles de Amor sólo existía una verdad: estaba separada de Carlos Lezama...

Y en su espíritu fomentábase una rebeldía permanente, en la que no quería acatar ni las súplicas ni las exhortaciones del que confusamente ella misma sentía debía obedecer, ya que era su padre.

Cuando oyó que el cerrojo de la puerta que daba entrada al aposento donde se hallaba movíase, incorporóse esperanzada.

Era ya en ella una obsesión suponerse que de un momento a otro, así como Carlos Lezama surgió inesperadamente en su existencia, también ahora de pronto aparecería él cuando menos lo esperase.

Pero quien entró en el aposento fué de nuevo don Gonzalo de Amor. Su hija dejóse caer en el sillón, ostentando visiblemente su desencanto.

—¿Sois vos, señor? Bien os dije que mientras no vinierais acompañado de Carlos, vuestra visita renovaba mi tristeza.

Don Gonzalo de Amor, en pie ante ella, inclinóse para besarla en las frías mejillas.

Ella echó hacia atrás la cara, contemplando con ceño huraño a su padre, quien, entristecido, irguióse.

—¿Por qué te niegas a comprender, Ángeles? ¿Crees acaso que es por mi culpa que te ves separada del capitán Lezama?

—Sólo sé que yo era feliz con él... hasta que aquí vine. Y ahora estoy prisionera.

—No lo estás, hija mía. Si permaneces en esta habitación, es porque manifestaste tu intención de ir a la ventura tras la huella del hombre que ha marchado muy lejos de aquí.

—Carlos no pudo abandonarme, por más que vos digáis lo contrario. Yo sé que él me ama.

—Eres muy niña para comprender ciertos aspectos sórdidos que

la vida ofrece-dijo Gonzalo de Amor con evidente aflicción —. También yo quisiera poder compartir tu confianza en el capitán Lezama, pero han pasado ya los suficientes días para que ya no me quepa duda alguna.

—Lo que vos pensáis es falso, señor.

—Soy tu padre, Ángeles. Deberías tener la absoluta convicción que sólo pretendo tu felicidad. La huida del capitán Lezama me entristece tanto como a ti, porque presiento que sin él tardarás más en volverte dócil a mis deseos y ser la hija que quiero seas.

—Carlos no huyó, porque no es hombre que huya de nada ni de nadie.

—Escúchame con paciencia, Ángeles. Deberé repetirte lo que tanto te enfurece, pero…

—¡Es falso! Vos, que aseguráis quererme, no deberíais decir tales falsedades.

—¿Por qué habría de mentirte?

—Porque os oponéis a que me case con Carlos.

—No me hubiese opuesto, Ángeles. Porque el aventurero supo al principio convencerme de que poseía dignidad. Pero los hechos están bien patentes. Le entregué unas cartas de pago por valor de la mitad de mi fortuna, y se despidió prometiendo volver al día siguiente a devolvérmelas, y, sin embargo…, tú misma lo ves. ¿Ha vuelto? Le esperamos en balde todo el día siguiente… Lo que me temía sucedió. Prefirió una fortuna segura a la dicha de poseerte por esposa.

—Os repito que eso son falsedades que vos inventáis.

—Tanta terquedad me abruma, Ángeles. ¿Por qué habría yo de mentirte? Además, los hechos hablan con claridad convincente. Desde esta misma ventana enrejada, puedes ver cuantas personas llegan a casa. Cuando oyes ruido de caballos, siempre te asomas impaciente. ¿Ha venido el capitán Lezama?

—Vos debisteis decirle algo que le ofendió…

El tono de duda alentaba en las palabras de Ángeles, y su padre lo percibió.

—Tú misma comprendes que aunque yo hubiese ofendido al capitán Lezama, dado su carácter, él no se hubiera marchado sin llevarte consigo. Lo quieras o no, hija mía, el capitán Lezama prefirió abandonarte, y seguir su camino de aventurero. Deberías

consolarte prontamente. Él no era marido para ti... Casi es mejor que se haya resuelto así esta situación, aunque por el instante tu primera desilusión te produzca pena.

—Por más que digáis no podréis impedir que yo vea en vos a quien es mi carcelero.

Don Gonzalo de Amor juntó las dos manos crispándolas en violento esfuerzo para dominarse.

Quedáronse padre e hija mirándose fijamente, y fué don Gonzalo el primero en separar los ojos del semblante femenino.

—Triste es oír lo que acabas de decir, hija mía. Yo no soy tu carcelero.

—Sin embargo, me mantenéis encerrada, sin dejarme salir de vuestra casa.

—Esta casa es la tuya, Ángeles. Es la casa en la que quiero verte feliz, en la que quiero que te sientas libre de todo recelo. Tuve la desdicha de perderte, hija mía, y durante cuatro años te di por muerta, pensando que nunca más te volvería a ver. Si el destino ha querido que nuestro encuentro se vea ensombrecido por un fatal pero lógico incidente, no me culpes a mí de ello.

—¡Vos tenéis la culpa de cuanto me sucede!

—Ten calma, hija mía. No me acuses vanamente-y don Gonzalo forzó una sonrisa —. Por mi cargo soy Justicia Mayor, y cuando acuso a los encartados, siempre es con fundamento. Dime cuáles son mis culpas.

—Vos debisteis ofender gravemente a Carlos.

—Tú misma reconociste que aun suponiendo que así fuera, él no se habría marchado, dejándote sola, sin una palabra siquiera de despedida. ¿Cuáles son mis otras culpas?

—No haberme dejado seguir tras él. No haberme permitido abandonar esta casa.

—No podías hacer tal cosa, hija mía. Una mujer no debe sacrificar su dignidad yendo tras del que prefirió el dinero a esposarla.

—¡Es falso! Él no pudo hacer tal cosa...

—Desgraciadamente, así es.

—¿Qué prueba tengo de ello?

—Una muy sencilla. Mis banqueros han pagado las cantidades especificadas en las cartas que le entregué al capitán Lezama. Y el

que las percibió no tuvo inconveniente en declinar quién era. Fue en la ciudad de Sevilla. Declaró al ser preguntado qué pensaba hacer con aquella fortuna, que iba a mercar tres barcos, formando con el suyo propio una flotilla, que pondría al servicio del Archiduque.

—Yo no puedo creerlo... Tengo la convicción de que él no es así... Me lo demostró... Idos... Por favor...

Llevóse ella la mano a la frente, y, de pronto, desmadejada, quedó sin movimiento, presa de un desmayo.

Don Gonzalo de Amor corrió presuroso a agitar un largo cordón de campanilla, y después arrodillóse junto al sillón en el que Ángeles yacía desmayada.

Con sincera pesadumbre, Gonzalo de Amor acariciaba los cabellos y las manos de su hija, pronunciando en voz queda palabras cariñosas...

No se percató de la entrada de don José de Priego, su sobrino, quien al darse cuenta de lo ocurrido, salió de nuevo corriendo para regresar en compañía de un individuo de adusto semblante y magro cuerpo.

El médico al servicio de Gonzalo de Amor, tomó el pulso de la desmayada, cuyo latido percibió muy débilmente...

Levantó los párpados de Ángeles, y con voz seca que compaginaba con su aspecto, declaró:

—Excelencia, vuestra hija debe, aunque sea a la fuerza, tomar alimento. Está muy alicaída, y si persiste en su actitud, no respondo de cuanto ocurra.

—Bien sabéis que por más esfuerzos que hago, por más admoniciones que le dedico, no quiere atender a mis exhortaciones. Se niega a tomar alimento alguno...

—Forzadla a ello, excelencia. Os reitero mi dictamen: si persiste en su rebeldía, morirá de languidez.

—¿Qué haré, Dios mío?

Era tan conmovedora la desesperación en la voz y en el gesto del Justicia Mayor de las Andalucías, que el propio médico sintióse sensible.

—Os recomendaría, Excelencia, que acudieseis al procedimiento único. Algo molesto, pero es la sola posibilidad de que vuestra hija no perezca de voluntaria inanición.

—¡Decid! Sea cual sea el procedimiento, lo llevaré a cabo.

—Según me ha comunicado vuestro secretario-y el médico con un ademán señaló a José de Priego —, vuestra hija rechaza cuanto manjar se la presenta. Y cuando vos pretendéis con vuestras propias manos acercarle a los labios bebidas cordiales o manjares, ella los arroja al suelo, golpeando vuestros brazos.

—En efecto, así es-dijo penosamente Gonzalo de Amor.

—Entonces, aunque os duela, Excelencia, debe acudirse a lo que en otras ocasiones semejantes, he aconsejado. Atarla...

—¡No puedo! Me cogería entonces más odio...

—Si me lo permitís, Excelencia, yo correré este riesgo. Amparado en mi profesión, yo lograré convencer a vuestra hija de que obrando así lo he hecho actuando contra vuestro parecer. Y os aconsejaría que mientras dure mi tratamiento, no visitareis a vuestra hija.

—En vos confío, Silverio.

Apoyándose en el hombro de su sobrino, don Gonzalo abandonó la estancia, dejando a su hija al cuidado del médico.

En su despacho, el Justicia Mayor reclinó la cabeza entre sus dos manos, guardando silencio por algunos instantes.

Sentado delante de él, José de Priego le miraba compasivamente.

Al fin, Gonzalo de Amor, murmuró quedamente:

—Nunca hubiese supuesto que recobrar a mi hija acarrease tanta tristeza. Me odia, José..., y es mi hija.

—Sentimiento pasajero, Excelencia. El primer mal de amor de un temperamento infantil. El tiempo hará desaparecer esta fugaz impresión que en ella causó el aventurero.

—¡Ojalá fuera así!

—Si lo deseáis, Excelencia, me pongo en camino y procuro convencer al capitán Lezama de que su presencia es solicitada en esta casa.

—¿Sabéis acaso dónde se halla?

—Se desprende de los informes que obtuvimos. Al abandonar el Tomelloso se dirigió a Sevilla, donde hizo efectivas sus cartas de pago. Después, según sus propias declaraciones, pensaba mercar buques para su flotilla. Es, pues, más que seguro que lo hallaré en Cádiz. Dadme vuestra autorización y por todos los medios intentaré

regresar con él.

—¿Para qué?

—Vuestra hija, al verle, recobrará la salud...

—Y cuando él de nuevo desapareciera, otra vez reinaría aquí el dolor. Prefiero que ya sigan las cosas como están. Y no quiero que ahora me prives de tu compañía, José. Desde el malhadado día en que el capitán Lezama marchóse, no sólo en mi hija dejó su huella fatal, sino que yo mismo no me encuentro recuperado de mi convalecencia.

—No os dejéis influenciar, Excelencia. Vuestra salud es preciado tesoro para bien de España... y me afecta particularmente vuestro dolor.

Gonzalo de Amor, agradecido, tendió su diestra, que su sobrino estrechó efusivamente,

Pero aquella escena sentimental no conmovía al ser diminuto, que oculto bajo el madero del reborde de la ventana que daba al despacho, sonreía malignamente oyendo las dos voces masculinas.

El enano Bertoldo, el espadachín, se maravillaba de que pudiera existir en el mundo tanta hipocresía, como la que alentaba en uno de los dos personajes que estaba hablando en el despacho...

CAPÍTULO III

El resucitado

Carlos Lezama abrió los ojos y sacudiendo la cabeza intentó con ello despejar las nubes que velaban su visión.

Eran ya siete los días que llevaba postrado, pero ignorante de ello, atribuyó a pesadez inexplicable, el letargo que le dificultaba su habitual agilidad.

Ladeó la cabeza examinando cuanto le rodeaba. Era una habitación de buen aspecto, sin lujo, pero de mobiliario sólido y de buena factura.

En un sillón vió su propia ropa, y sus armas. Examinóse entonces extrañado, apreciando que alrededor de su torso desnudo había un ancho vendaje.

Movió un brazo y, al hacerlo, un leve hormigueo en la espalda hizo que repentinamente, como si un relámpago iluminara la penumbra de la habitación a través de cuya ventana semicerrada penetraba el sol crepuscular, recordara lo sucedido.

Vióse saliendo de la mansión de Gonzalo de Amor después de su conversación con éste, y disponiéndose a montar su caballo, cuando sintió la brutal arremetida, que por la espalda le abatió exánime contra la propia silla de su caballo.

Después ya sólo recordaba vagamente que alrededor de su cuerpo el agua se adhería, y que él inconscientemente pugnaba por salir a la superficie.

Y, nada más... hasta que ahora, ya despejado su cerebro, veíase en una habitación desconocida, entre sábanas bienolientes y sintiéndose deseoso de penetrar aquel misterio.

Alargó una mano para coger un vaso lleno de agua que estaba cercano a su alcance, y bebió ansiosamente.

Depositó el vaso vacío, y apoyándose en ambas manos, aunque el gesto le dolió en la espalda, fué retrocediendo en el lecho hasta adosarse sentado contra los apilados almohadones que generosamente se amontonaban en la cabecera del lecho.

Recapacitando llegó a la conclusión de que, pérfidamente, le habían querido dar muerte. Y la orden sólo podía haber partido de don Gonzalo de Amor...

—Buenas tardes, señor capitán... ¡Cuánto celebro que hayáis resucitado por fin!

El Pirata Negro miró al que acababa de entrar saludándole con vozarrón potente.

Vió a un rechoncho y panzudo individuo que, apoyadas ambas manos en un mandil sobre la prominente barriga, le examinaba con bonachona sonrisa.

—Hola-replicó el Pirata Negro —. Ha poco calmé mi sed. Ahora ardo en deseos de saber dónde me hallo.

—Estáis en mi posada, señor capitán. Yo soy maese Alba.

—¿Por qué me llamas "capitán"? ¿Me conoces?

—Oí hablar de vos, señor capitán. Si os parece, os contaré cómo tuve el honor de extraeros del río. Me hallaba yo pescando como suelo hacer muchas noches, cuando vi flotar un cuerpo. Eráis vos. Os traje aquí, y ayudado por mi criado el "Zorro", os desnudamos y aprecié que en la espalda, entre los dos hombros, teníais una herida de feo aspecto. Una de las heridas más recias que en mi vida he visto.

—¿Qué tiempo hace de esto que relatas, buen hombre?

—Con esta tarde, son ya siete los días que cuatro veces en cada uno de ellos, os he renovado el bálsamo y el vendaje, señor capitán. Y a fe mía que os podéis vanagloriar de tener una constitución sin par. Pocos son los hombres que vivirían después de tal herida. Quien os hirió, señor capitán, hirió a matar y a traición.

—Cierto. Sigue contando, buen hombre.

—Mi criado puso a secar vuestra ropa, y bruñó vuestros aceros, así como quemó vuestra pistola, dejándola en buen uso. Tuvo también la fortuna de encontrar vuestro caballo, que está en mi establo. Lo halló casi extenuado por una carrera alocada producida por una ortiga que alguien le había hincado en los flancos.

Carlos Lezama, ya totalmente despejado, examinaba al que

hablaba…

—¿Qué más, maese Alba?

—Anudado a vuestro cinto teníais este bolsón con onzas de oro- dijo el posadero, señalando una bolsa junto al ropaje y las armas —. Esto os encontré encima nada más.

—¿Cómo supiste que yo era capitán?

—Sé que os llaman capitán Lezama, que vos fuisteis quien rescató del poder de los bereberes a la hija de su Excelencia el Justicia Mayor. Y también que recibisteis unas cartas de pago por mucho valor.

—¿Cómo sabes tantos pormenores?

—Reúnense aquí a veces para gustar de mis guisos, los enanos con los que su Excelencia el señor Justicia Mayor intenta ahuyentar sus momentos de mal humor. Ellos hablaron de vos, y de cuanto os he dicho. A nadie he comunicado nada ni de vuestro hallazgo, ni de cuanto he oído,

—¿Por qué?

—Soy hombre que vive según una fórmula, señor capitán. No meterme en aquello que no me importa.

—Buena fórmula. Entonces, ¿por qué me sacaste a flote y me has curado con tanto celo?

—Era deber de cristiano viejo como lo soy, señor capitán.

—Me gusta tu faz de luna y tu habla de hombre sano, maese Alba. Te debo la vida, sin duda alguna.

—No hice más que cumplir con lo que mi conciencia me dictaba. Sólo tengo un resquemor, señor capitán. Desde que oí hablar de las cartas de pago, me atosiga el pensamiento de que podáis creer que yo me apoderó de ellas.

—Aboga en favor de tu honorabilidad no sólo tus modales, sino un hecho que, de por sí, ahuyenta toda posibilidad de sospecha. ¿No he estado siete días sumido en letargo? ¿No me recogiste medio muerto? Si hubieses querido apoderarte de las cartas de pago, te hubiera bastado con cogerlas y sepultarme de nuevo en el río. Trae acá la diestra de “saltasalsas”, maese.

El posadero avanzó tímidamente su ancha diestra que el Pirata Negro estrechó fuertemente.

—Eres un buen diablo, maese. No sólo me has devuelto a la vida, sino que, gracias a ti, podré descubrir al que quiso matarme

apoderándose de las malditas cartas de pago. Ya que nadie sabe que estoy aquí, me será fácil investigar... De quien creen muerto no esperarán un resucitar... que ¡voto al averno!... te juro va a ser sonado. Dime, ¿tienes confianza en tu criado?

—Tanta como en mí mismo, señor capitán. Le recogí de niño y me quiere como a un padre, que para eso le he soplado buenas sopas y buenos mojicones también.

—¿Dijeron los enanos algo que permitiera adivinar la personalidad de quien fué mi agresor?

—Uno de ellos, llamado Bertoldo, gnomo que maneja el pincho como un mosquetero resabiado, adoptó aires de misterio, como dando a entender que sabía algo. Pero no dijo qué era lo que sabía, pese a las exhortaciones de los demás.

—Me entrevistaré con Bertoldo. Ayúdame a vestirme, maese.

—Pero... ¡señor! Os convendría aun pasar dos días en cama, aunque os he vertido buenos caldos de gallina cuatro veces al día, a la vez que renovaba vuestro vendaje.

El Pirata Negro sonrió amistosamente.

—Por eso me encuentro ahora con ganas de pelea. Tanto reposo nunca lo tomé, y me ha hecho mucho bien.

Cuando el posadero hubo ayudado al Pirata Negro a vestirse, éste dió unos pasos aun vacilantes. Tuvo que apoyarse en la ventana, desde la que vió a lo lejos los muros de la morada de Gonzalo de Amor.

—Pronto me acostumbraré estar a en pie, maese. Dime, ¿hablaron los enanos de doña Ángeles, la hija del Justicia Mayor?

El posadero puso cara de contrariedad, y el Pirata Negro le miró arqueando las cejas.

—¿Me has oído, maese? Te pregunto por doña Ángeles.

—Ya sé, señor capitán. Es que temo que lo que yo os diga, os enfurruñará.

—Habla sin temor. Tienes carta blanca. Te has portado conmigo noble y generosamente.

—Dicen los enanos que vos huisteis con las cartas de pago, prefiriendo el dinero al amor. Dicen que don Gonzalo está apenado, porque... os creía un hombre digno... Naturalmente, ellos ignoran que os apuñalaron y que, por tanto, ha sido fuerza mayor la que os ha mantenido ausente.

—Ella... Ella es la que quiero saber qué dice.

—Tuvieron que encerrarla, porque quería poner fin a su vida.

Dió el Pirata Negro un puñetazo en el alféizar de 1a ventana.

—Quien quiera que sea el que me agredió traidoramente, no pagará mi herida, sino el sufrimiento que ha causado a la mujer que amo.

—¿Dónde vais, señor capitán?

—A visitar en secreto la mansión del misterio.

—Si os referís al palacio del señor Justicia Mayor, señor capitán, os debo advertir que está guarnecido con una sección de treinta infantes al mando de un oficial. Los tiempos están muy revueltos entre las luchas de los felipistas y de los partidarios del Archiduque, y don Gonzalo vino a reposar en convalecencia, escoltado por esos treinta infantes que os he citado y que son ahora los que guardan su morada.

—Gracias por la advertencia, maese. Pero no te inquietes. He penetrado en lugares mejor guarnecidos, y de todas formas, ahora sólo pretendo una finalidad. Por las buenas no quisieron darme el consentimiento para esposar a la que amo y me ama... Obraré como quien pretenden que soy, y Ángeles, muy de buen grado, vendrá conmigo aparentemente a la fuerza.

—¿Un rapto?

—Tú lo has dicho, maese. Sólo que es un rapto contra la voluntad del que intentó asesinarme..., pero ella vendrá feliz a mi grupa. Después, cuando ella esté a buen recaudo en sitio seguro, mi barco, entonces tomaré venganza.

—¿Sospecháis de alguien, señor capitán?

—Si te lo dijese, echarías el grito al cielo. Hasta pronto, maese.

—Como mandéis, señor capitán... Os dejáis la bolsa.

—No me pertenece, maese. Quedóse al fondo del río... Yo no quiero agraviarte ni ofenderte, recompensando con oro tu generosa actitud. Suponte, pues, que, pescando, tu anzuelo trajo a flote esta bolsa.

Maese Alba inclinóse con profunda reverencia, no tan sólo porque la bolsa contenía muchas onzas de oro, sino por la agradable manera con la que le había sido donada.

Cuando se incorporó trabajosamente, ya el Pirata Negro habíase marchado. Viole el posadero alejarse a pie por entre el boscaje de la

ribera en dirección al palacio del Justicia Mayor.

CAPÍTULO IV

Un contratiempo imprevisto

Mientras se dirigía al solitario edificio que dominaba con su arrogancia el amplio valle por donde corría mansamente el río, el Pirata Negro rememoraba la insistencia diplomática con que Gonzalo de Amor habíale obligado a aceptar las cartas de pago...

“Esas son las cartas de pago que os ruego os dignéis estudiar, señor capitán Lezama-habíale dicho sonriendo —. No me hagáis que anticipadamente me sienta suegro. Os ruego tan sólo que las estudiéis y cuando me las devolváis mañana, al menos me quedará la satisfacción de saber que os enterasteis de cuanto dicen. Más valiosa será vuestra renuncia.”

Todo parecía indicar la culpabilidad del Justicia Mayor, pero en Carlos Lezama alentaba un instinto peculiar: el instinto propio del hombre avezado a moverse en muchos ambientes, y que tras haber tratado a variadas categorías humanas, discernía confusamente la auténtica bondad sincera de la fingida.

Y en la actitud del Justicia Mayor, sólo había podido apreciar un carácter acostumbrado a enjuiciar todos los asuntos con rigidez y frialdad de hombre de leyes, pero no la hipocresía del que, brindándole al parecer su amistad, ordenó luego que le apuñalasen y sepultasen en el río.

De pronto, se detuvo, y una sonrisa sarcástica distendió sus rasgos.

—Quien es incapaz de hipocresías, supone también en los demás tal incapacidad —murmuró, pensando en voz alta—. Y, por pirata, creo que los que ocupan cargos honorables, son también honorables. De lo cual se deduce que soy un pirata cándido.

Siguió andando por entre los setos de la ribera, y poco después

reía silenciosamente, aunque con cierta irónica amargura:

—¿No me aceptaste como capitán Lezama, señor Justicia Mayor? Torpe error, amigo. Debiste comprender que contra viento y marea, siempre he quedado en pie y navegando. Ahora tendrás que aceptar los procedimientos, menos ceremoniosos, del Pirata Negro.

Poco después elegía el muro menos expuesto a la luz de la luna, y ayudándose en las lianas y enredaderas que tapizaban la piedra, fué ascendiendo a fuerza de puños, aunque con cierta lentitud, a causa de su reciente herida.

Había tomado como meta final de su escalada nocturna, la terraza alta, en cuyos dos extremos veíanse unas garitas.

Divisábase de vez en cuando la silueta de un soldado que andaba con parsimonia, percibiéndose que no efectuaba una ronda de servicio, sino más bien un simple paseo con fines de precaución.



Adherido a la hiedra trepadora...

Adherido a la hiedra trepadora, el Pirata Negro fué aproximándose a la base de la balaustrada que rodeaba la terraza, y ya sus dos manos se aferraban a un resalte, disponiéndose a cabalgar el pequeño muro que circundaba el espacio abierto, cuando retrocedió ocultándose de nuevo entre las lianas y enredaderas.

Dos hombres corpulentos acercábanse silenciosos, en lenta caminata meditativa, y el Pirata Negro reconocía en los dos

paseantes al Justicia Mayor y a su sobrino don José de Priego.

El espacio en que andaban tendría a lo sumo unos cuarenta metros de largo, y ambos hombres efectuaban su paseo lo suficientemente cerca a la balaustrada, para que, en caso de que hablasen, sus palabras fuesen oídas por el Pirata Negro.

No irrumpió ante ellos, porque se había propuesto una finalidad que podía ser reveladora. Apareciendo separadamente ante uno de ellos dos, según viera la reacción que su presencia causaba, podría quizás adivinar quién de los dos era el que ordenó su muerte.

Si al parecer, era la opinión general que había huido con las cartas de pago, un regreso sería considerado casi normal, para quien no tuviera la menor culpa en su agresión alevosa.

No sospechaba de José de Priego, porque no podía adivinar motivo alguno para que...

En este punto de su meditación, y mientras iba oyendo los lentos pasos de los dos hombres que a veces pasaban rozándole, una nueva sospecha germinó en su cerebro. ¿Y si para apoderarse de sus cartas de pago, José de Priego había sido su agresor?

Otra sospecha acompañó a esta primera y repentina. José de Priego era el sobrino del riquísimo y acaudalado don Gonzalo... Para él, la aparición súbita de Ángeles de Amor suponía el desvanecimiento de sus posibilidades a una herencia...

La voz que a su lado brotó le apartó de aquellos pensamientos:

—Cuanto más medito, menos solución hallo, José.

Los don hombres habíanse detenido a unos cinco pasos de donde el Pirata Negro se hallaba suspendido en el vacío, asido fuertemente por las manos a los fibrosos ramajes y apoyados los pies en el intersticio de dos bloques roqueños.

—No os preocupéis, Excelencia-replicaba de Priego a la frase del Justicia Mayor —. Silverio es un excelente médico y doña Ángeles se repondrá rápidamente. No tiene más que cierta debilidad ocasionada por las sucesivas emociones que ha recibido. Aunque persisto, Excelencia, en que deberíais dejarme ir en busca del capitán Lezama.

—¿Por qué tanto empeño en irle a buscar?

—Lo queráis o no, Excelencia, el capitán Lezama es el que con su presencia activaría el mejoramiento de doña Ángeles.

—¿Por qué sonríes, José?

—Excusadme, Excelencia. Es que pienso que al hablar así, lo estoy haciendo contra mis intereses.

—¿Tus intereses? No te comprendo.

—Soy vuestro sobrino, Excelencia. Soy mucho más joven que vos. Os deseo cien años de vida, pero fatalmente, tendré el dolor de veros fallecer. Si yo fuera ambicioso, trataría de consolar a doña Ángeles de la huida del capitán Lezama, desposándola...

—¡Tú no eres capaz de pensamientos tan ruines, José! Son varios ya los años en que te trato continuamente y he podido apreciar que eres un hombre recto y honesto, desprovisto de toda mira ambiciosa.

—Os agradezco tal concepto, Excelencia. Sin embargo, vuestros bufones no piensan así.

—¿Esos cuerpos de niño con mentes de viejos? ¡Bah!; no hagas caso de sus lenguas, José. Son ociosos, y como las mujeres, necesitan comadrear, inventando si es preciso calumnias para divertirse. Volviendo a lo que te decía, no quiero que vayas en busca del capitán Lezama.

—Me extraña vuestra negativa, Excelencia. Y supongo que debéis tener un motivo fundadísimo para ello.

—Hasta ahora no te lo dije, José, pero ha llegado el momento en que sepas que el capitán Lezama sería el último hombre en el mundo con el que quisiera ver casada a mi hija.

—Me pareció un excelente sujeto. No se le puede echar en cara su ejecutoria de aventurero, puesto que a ello se debe que vos hayáis tenido la dicha de recuperar a vuestra hija. Además, le considero un hombre de armas, que por voluntad libre eligió una carrera azarosa, ya que confesó ser el conde de Ferblanc y por tanto tendrá patrimonio, y aunque así no fuera, su título de nobleza le facultaría para encontrar una cordial acogida en cualquier ejército donde quisiera militar.

—Calurosa es tu defensa de quien es... ¡el Pirata Negro!

No podía Lezama, desde donde estaba, ver a los dos hombres, pero comprendió que la aclaración del Justicia Mayor debía haber causado un gran efecto en el que era su defensor, por cuanto don José de Priego mantuvo un prolongado silencio.

—¿Te extraña lo que acabo de decirte, José?

—Ved, Excelencia, que os conozco y sé que nunca habláis a la

ligera. Pero concibo muy dificultosamente que un hombre que como el capitán Lezama arriesgó continuamente su vida para rescatar cautivos, que estaban precisamente en poder de piratas, sea… el Pirata Negro, de fama tan legendaria en el Caribe.

—Te afirmo que sin género alguno de dudas, el que se presentó a nosotros como el capitán Lezama, es el Pirata Negro.

—Si lo supisteis, ¿por qué, Excelencia, no ordenasteis su detención?

—No lo sabía cuando me visitó. Fué después, cuando en mi memoria se fué abriendo paso el recuerdo de una lectura… Compulsé mis archivos, y en efecto, allí estaba la descripción física y concienzuda del llamado Pirata Negro. Correspondía en todo al capitán Lezama.

—Puede haber error, Excelencia. Me resisto a creer tal cosa.

—También yo me resistía a creerlo, pero inconscientemente Ángeles me dió pruebas definitivas. La primera noche de su llegada, la induje a hablar de su salvamento. Me contó ella con detalle cuanto allí en tierra africana aconteció, y no sólo eso, sino que luego me describió el velero y sus tripulantes y no lo dudes. Es el velero “Aquilón”: el buque del Pirata Negro.

—Me dejáis anonadado, Excelencia.

—No creo que nunca regrese aquí el Pirata Negro, pero por si tuviera tal desfachatez, he dado orden de que sea inmediatamente apresado, para que suba al cadalso que le espera. ¿Comprendes ahora por qué jugó la comedia del hombre digno que se resiste a su pasado? Y desapareció con el dinero, porque sabía que tarde o temprano me enteraría yo de su verdadera personalidad.

—Hay cosas que no comprendo aun, Excelencia. Si él no estaba realmente dispuesto a casarse con doña Ángeles, ¿por qué rechazaba vuestras cartas de pago? Bastaba con que las hubiera tomado desde un principio. Sin embargo vos tuvisteis que insistir para que las cogiese.

—Tú eres un carácter recto y honrado, José. Desconoces las arteras complicaciones de un temple de pirata inteligente como lo era Lezama.

—¿Por qué habláis de él en pasado, Excelencia?

—Porque supongo que nunca aparecerá ya por España. He dado orden de que le apresen donde le hallen y se incauten de su velero.

Pero me temo que habrá llegado tarde mi emisario y a estas horas, el velero "Aquilón" y su jefe pirata se habrán hecho a la mar, alejándose del patíbulo él y sus piratas.

En varias ocasiones, Lezama había estado a punto de intervenir, pero deseoso de orientarse en sus sospechas mediante aquella conversación, sólo tenía ahora un urgente deseo: Ir a todo galope hacia el puerto donde confiadamente su velero y sus tripulantes anclaban sin temor de ataque.

No quiso escuchar más y sabedor de que Ángeles estaba bien atendida, fué descendiendo con cautela y sin ruido hasta tocar de nuevo suelo.

Andando apresuradamente, se internó en el boscaje y al llegar a la posada de Maese Alba, fué acogido por éste con un hondo suspiro de alivio y una sonrisa bonachona.

—Me alegra veros, señor capitán.

—Me voy, Maese Alba... Ensíllame el caballo, porque tengo urgencia de llegar a un punto lejano de aquí.

En el establo, y mientras ayudado por el "Zorro", el posadero ensillaba el brioso corcel árabe, el Pirata Negro, añadió:

—Mejor será que guardes silencio, Maese Alba. Que nadie sepa nunca que tú salvaste mi vida y me diste acomodo en tu posada.

—Descuidad, señor capitán. Nadie lo sabrá. Pero ¿no os he de volver a ver más?

—Sí. Me verás y pronto. Adiós, amigos. Hasta la vista.

Posadero y criado quedáronse en el umbral del establo viendo la veloz galopada con la que el Pirata Negro alejábase hacia el Sur.

—Tiene prisa, el señor capitán ¿no, Maese?

El posadero cruzó las dos manos sobre su abdomen, y suspiró nostálgicamente.

—El amor... —dijo con meliflua entonación.

—¿El amor? —inquirió extrañado el "Zorro".

—Naturalmente, imbécil. El señor capitán ama a doña Ángeles. El padre se opone a la boda, y el señor capitán, después de haber estudiado el terreno, comprende que a solas no puede intentar el rapto de la doncella prisionera que languidece de amor. Y ahora va en busca de sus hombres... Volverá y raptará a doña Ángeles... Y cuando se marche con ella yo te invitaré a una copa de mi mejor vino.

CAPÍTULO V

Los tripulantes ociosos

Al siguiente día de la partida del Pirata Negro, acompañando a Ángeles de Amor hacia el Tomelloso, en el velero “Aquilón” dos hombres amanecieron con la boca pastosa y la mirada algo extraviada.

En uno de ellos no era extraordinario, ya que el andaluz “Piernas Largas” era un ferviente discípulo del dios Baco.

Pero el otro, mientras hacía ruidosas abluciones volcándose sucesivos cubos de agua sobre el peludo y musculoso torso desnudo, sentíase avergonzado.

“Piernas Largas” era inculto, pendenciero y poco propenso a sentimentalismo; pero le tenía afecto a “Cien Chirlos” y con su natural listeza adivinaba la desazón que atormentaba al que ahora estaba restregándose con jabón la nariz y las orejas.

—¿Hay resaca, eh, carota fea? Siempre la hay después de la tormenta y la tormenta fué de las de aúpa. Tú y yo, mano a mano, vaciamos el barrilito de Madera, ese vinillo portugués tan traidor, y habría sus buenos diez litros malcontados, pero bien tragados...

Resoplando y echando jabón por la boca, como si fueran espumarajos de rabia, “Cien Chirlos” rezongó:

—Si “él” se enterase... ¡Yo, emborrachándome como un borrico triste!

—Tú lo has dicho, carota. Eres un borrico triste, porque “él” se fué. Y por eso aceptaste el beber en mi compañía. Pero no te debe doler. Beber para olvidar penas, es cosa de hombres machos...

—¡Eso dices tú! Porque tienes muchos cuentos... y por borracho, siempre te buscas escapatorias. Ganas me dan de aporrearte... ¡Tú tienes la culpa! Venga charlar, venga engatusarme y darme copas...

y así he amanecido yo. Que tengo el casco molido como si me hubiera pasado por encima una fragata artillada disparando andanadas.

—Ya pasó el temporal, compadre. Ahora, toca pensar en cosas serias. Tenemos que hablarles a los mozos. Todos están decididos a no abandonar el “Aquilón”, pero hay que meterles en vereda. Nada de que se emborrachen...

“Cien —Chirlos”, ya seco, revistió su camisa, mirando con ceño amenazador al andaluz.

—Me pasma lo escaso de vergüenza que andas, chiclanero. ¿Conque nada de que los otros se emborrachen? Para que te quede más vino a ti, ¿no, so pellejo?

—Tenemos que velar por el orden mientras “él” esté ausente. ¿Les hablo yo o lo haces tú, “Cien Chirlos”?

—Hazlo tú, y si algo dices que no me cuadre, ya hablaré yo.

El velero, anclado a una milla del puerto, reflejaba el sol naciente en su aparejo a medio desplegar.

La ciudad gaditana, a lo lejos, rebosaba de blancura, y extasiaban la vista el contraste del azulado mar, los albos edificios del puerto de arribo de las flotas de las Indias, y los bruñidos cascos de los navíos anclados.

“Cien Chirlos”, asomóse a la cala donde los tripulantes terminaban ya de desayunar, y aplicándose el silbato a los labios, sopló vigorosamente por tres veces.

Instantes después, apiñábanse en cubierta en tres filas, los tripulantes del “Aquilón” y ante ellos, “Cien Chirlos” y “Piernas Largas” encaramados sobre sendos rollos de cuerdas, miráronse brevemente.

“Cien Chirlos” hizo un brusco ademán con la barbilla, y “Piernas Largas”, asintiendo disciplinadamente con leve cabezada, tosió para aclararse la garganta.

—Me cede la palabra “Cien Chirlos”, compadres. Esta noche, él y yo la hemos pasado en semivela, discutiendo sobre el futuro. Por generosidad de nuestro jefe y durante su ausencia, que todos deseamos sea corta, estamos obligados a ser unos tripulantes ociosos. Allá está la ciudad de Cádiz, la tacita de plata. Es un peligro. Sí; un peligro para cachorrillos novatos, pero no lo puede ni debe ser para lobos de colmillo retorcido como nosotros.

Algunos de los oyentes aprobaron con grave ademán.

—Os daréis cuenta, hatajo de brutos, de que estoy hablando con mucho talento y mucha finura. Lo hago con tanto esmero porque se juegan cosas muy serias. Nos jugamos el barco y el pellejo. Sí, he dicho el barco y el pellejo. Si vamos a la ciudad y nos gastamos en francachelas el oro que nos dió "él", estaremos un mes cuando menos para tirar por la borda, en tabernas, cuanto tenemos. Y digo un mes, suponiendo que tiremos el oro por las alcantarillas, para terminar antes. ¿Y mientras? Mientras, el velero quedará desamparado. Pero no es éste el único peligro. El vino en demasía desata las lenguas. Podéis hablar del Caribe... y los corchetes os recogerán amorosamente como brevas maduras, para que continuéis contando vuestras hazañas al verdugo. No es que me importen un comino vuestros gaznates remojados y apretados por el cáñamo. Es que pronto "él" volverá, porque su barco es su primer amor, ¿y qué diría si lo viera sucio y abandonado? Iría a nuestro encuentro en él propio infierno y más que sus latigazos nos dolerían sus reproches. Conque, hemos decidido "Cien Chirlos" y yo, varias cosas que tendrán fuerza de ley y cuyo incumplimiento se resolverá, la primera vez con veinte latigazos. Y la segunda vez que se falle, doblaremos el juego de correa. A la tercera... —el andaluz se pasó un dedo por el cuello, sacando la lengua— ...yo mismo colgaré del palo mayor al que falle.

—Eso es —aprobó calurosamente "Cien Chirlos" hablando por vez primera, pero remediando su falta de elocuencia, con miradas asesinas que asestó a los tripulantes.

—Eso es-repitió "Piernas Largas" —La ociosidad es mala consejera, dice nuestro jefe. Debemos, pues, usar de la ociosidad con talento. Cuando salga el sol, todos estarán a bordo. El que falte, recibirá al llegar su primera tanda de veinte latigazos. Después del desayuno, se procederá a la limpieza y a sacar lustre al "Aquilón". Al mediodía, después de yantar una buena siesta... y entonces, menos diez que quedarán por turnos a bordo, los demás podrán ir a hacerse el listo por la ciudad. El que quiera cenar a bordo, hallará cena. Creo que todo está claro, ¿no?

Asintieron mudamente los oyentes.

—Ahora queda la última advertencia. "Cien Chirlos" y yo haremos ronda de vigilancia. Recorreremos tabernas y demás

lugares donde sepamos estáis, lugares tales como los sitios donde se echa la baraja y los dados, o bailan mozas alegres. Cuando veamos a uno de vosotros buscando pendencia, se la daremos y a puntapiés en los fondillos lo traeremos a bordo.

—Eso es-aprobó “Cien Chirlos”.

—Y por último, hemos decidido que para viajar por la ciudad vais a vestir como caballeros. Os sobra oro, y os sobra suciedad. Conque a comprar ropas de esas que dan lustre a quien las lleva. Buenos coletos, buenos jubones, buenas calzas y botas, chambergos emplumados o tricornios sedosos, y nadie se meterá con vosotros porque no apestareis a piratas. Mañana al amanecer pasaremos revista, y al que siga con esas ropas, le van a silbar las orejas. Hemos dicho. Podéis coger cubos y estropajos y empezar la faena.

Mientras la labor de limpieza iba desarrollándose, “Cien Chirlos” miraba de vez en cuando hacia alguna lancha que, arrancando del muelle venía hacia los navíos.

Supo interpretar su acecho el andaluz.

—Pronto es, compadre, para que “él” regrese. Pero vendrá. Lo prometió. Tan pronto tenga el consentimiento del padre de la señora Ángeles, zarparemos a las Canarias para ir en busca del chaval. Me urge ya verlo. Y también a mi apadrinada, la señorita Gaby. Y al señor Lucientes, que le echo muy de menos. Hombre muy campechano, buena espada y gran talento.

Durante varios días la tripulación ociosa, respetó sin gran esfuerzo las órdenes dimanantes de los dos lugartenientes.

“Cien Chirlos” acompañaba continuamente a “Piernas Largas” y cuando éste sentíase inclinado a excederse en libaciones o chicoleos con las arrogantes y graciosas gaditanas, el pirata de rostro corcusido a cicatrices, le tocaba significativamente en el coleto de encajes, que el andaluz habíase comprado a la vez que sus ropas de mosquetero.

—Ropa de caballero, so borrico —gruñía “Cien Chirlos”.

Y todo estaba en orden… Pero transcurrida una semana, en un amanecer lívido que anunciaba próximo viento de Levante, el vigía del velero anclado dió una voz de alarma:

—¡Bote a estribor con un herido! ..

“Cien Chirlos” despertó bruscamente al andaluz y ambos, a medio vestir salieron a cubierta, donde ya los hombres de turno,

izaban el bote en cuyo interior un pirata, destrozadas las ropas y sangriento el rostro, de cuya frente abierta por herida de arma blanca manaba la sangre, vióse levantado en vilo por “Cien Chirlos”.

—¿Dónde peleaste, condenado?

—Los corchetes... Ordena levar anclas... Pronto... Leva anclas...

Cayó hacia atrás la cabeza del herido. Lo sacudió “Cien Chirlos”.

—¿Te vas a desmayar ahora, condenado? ¡Habla!

—Está sin sentido, compadre-arguyó “Piernas Largas” —. Habló de corchetes y de levar anclas... ¿Qué te parece?

Uno de los de guardia habló pensativo:

—No es por chivato que digo lo que voy a decir, “Cien Chirlos”. Pero no ha vuelto ninguno de los que salieron a la ciudad. Y deberían estar ya todos aquí.

—¡Levad anclas! —vociferó de pronto “Cien Chirlos”—. ¡Desplegad velas a todo trapo!

Los hombres de turno corrieron a cumplir las distintas fases de la rápida maniobra.

También ellos habían visto las dos fragatas españolas que en el puerto de Cádiz estaban de vigilancia. Y ambas dirigían rectamente sus proas hacia el velero anclado.

Al quedar desplegadas las velas y ponerse en movimiento el “Aquilón”, un penacho de espuma precedió un poco al estampido del cañonazo de aviso, con el que una de las dos fragatas ordenaba detenerse al velero que huía.

Pero el Aquilón” aumentó en velocidad e impulsado por el fuerte viento de Levante que empezaba a aullar, largó considerable distancia entre su esbelta popa y las pesadas proas de las fragatas.

Cuando ya el litoral costero era casi invisible, el velero maniobró en círculos amplios, remontándose al Norte.

En la cala, “Cien Chirlos” y “Piernas Largas”, sometían a vigorosas curaciones al pirata herido. Y el vino que desparramaron entre los labios del herido, terminó de reponerle.

—Estás ya fuera de peligro, “Canelo”. Habla, y cuenta lo ocurrido. ¿Quién te hirió?

—Estaba yo bebiendo con tres de los nuestros, cuando en la taberna entraron varios corchetes. Eran unos siete u ocho. Nosotros no desconfiábamos con estas ropas, y porque además no armábamos

jarana ninguna. De pronto, uno de los corchetes gritó; "¡Daos presos en nombre de la justicia!". No creíamos que iba con nosotros, pero avanzaron espada en mano y pillaron por sorpresa a los otros tres... Yo pude escapar, pero uno me había rajado la testuz.

—Ya está curada, y estás con nosotros. ¿Qué más ocurrió? ¿Por qué llegaste implorando como un energúmeno que leváramos anclas?

—Viniendo a avisar, oí a varios soldados que hablaban entre sí. Decían que se había recibido orden de apresar al capitán Lezama porque era el Pirata Negro. Y que ya habían caído en manos de los corchetes todos los que habían bajado a tierra del velero. Y que iban a salir las dos fragatas a abordar el velero...

Los dos lugartenientes miráronse entre sí, lívidos los semblantes. Crispando los puños, "Piernas Largas" fué el primero en reaccionar.

—Hay que dar aviso al señor Lezama-masculló.

—Sí, pero ¿dónde fué?

—No lo sé. Pero tomó el camino de Sevilla. Lo esperaremos a su regreso. ¿Dónde encerraron a los nuestros?

—En una cárcel llamada del Agravio-dijo "Canelo".

—Pocos somos para asaltarla-reflexionó "Piernas Largas" —. Lo mejor será que tú y yo, "Cien Chirlos", bajemos a tierra. Y que estos se cuiden de mantener el velero al pairo.

En cubierta, "Cien Chirlos" reunió a los maniobreros.

—Sois once con "Canelo", al que dejaréis curar. Vuestra misión es sencilla. Huir de cualquier barco que quiera aproximarse. Pero todas las noches os arrimaréis a la playa gaditana que llaman de Rota. Cuando veáis la triple antorcha en aspas por siete veces, mandad lancha a recogernos. Y ahora, dos de vosotros, arriad lancha para acompañarnos a tierra a "Piernas Largas" y a mí.

CAPITULO VI

Dos caracteres

Don José de Priego, bien arrellanado en su sillón, fumaba en la larga pipa de marfil de la que se desprendían volutas de aromático tabaco holandés.

Apuesto y fuerte, enmarcado su rostro por la perilla mosquetera y los enhiestos bigotes, delataba al que antaño fué hombre de armas.

Debía estar pensando en cosas desagradables, porque una simpática sonrisa iluminaba su rostro viril. Pero la sonrisa se borró cuando vió aparecer en la estancia la diminuta figura de Bertoldo, el enano espadachín y taciturno.

—Con vuestra venia, señor de Priego-dijo insolentemente el enano.

—Sobra la fórmula de cortesía, señor Bertoldo, ya que entraste antes de solicitar el permiso-dijo José de Priego levantándose.

—Es que deseaba hablaros a solas, señor de Priego. Y aceché la ocasión oportuna. Vos no nos tenéis ninguna simpatía a los que, como yo, nacimos de escasa talla.

—No mido al hombre por su estatura, señor Bertoldo. Si acaso no me eres simpático es por tu afán de calumniar, y porque si a Su Excelencia causáis gracia, a mí no.

El bufón apoyaba la diestra en la guarda de su espada. Una espada normal, que tenía casi el doble de su estatura, y que arrastraba por el suelo a sus espaldas.

—Vengo a jugarme la vida, señor de Priego.

El aludido rió con carcajada de real diversión.

—Has estado gracioso, señor Bertoldo.

—¿No decíais que yo no os causaba gracia?

—Habitualmente no me producen deseos de reír, pero ahora sí. ¿A qué viene tu pomposa declaración? Es broma inoportuna. Me disponía a pasear dentro de unos instantes para poder dormir después gustosamente. Tu llegada estorba mis planes.

—¿Estorbar vuestros planes? Eso es precisamente lo que no quiero, señor de Priego.

Había algo extraño en la entonación con que hablaba el enano, y el psicólogo sobrino de don Gonzalo, percibió el matiz.

—Si tienes que hablarme, hazlo pronto.

—Lo que voy a explicar requiere antes una advertencia, señor de Priego. Yo soy un carácter quisquilloso y no consiento amenazas. Sé defenderme y espada en mano os valgo.

—Quizás. Sé que tu espada es más peligrosa que otra, porque tu talla la hace asestar estocadas traidoras y bajas. Pero ¿a qué viene todo esto? ¿Has bebido con exceso el mosto de las bodegas de tu señor?

—Si os parezco embriagado, es embriaguez de la misma que vos sufrís. Embriaguez de ambición, embriaguez de oro, embriaguez de poderío.

José de Priego volvió a sentarse, pero atrajo hacia sí el tahalí de donde pendían su espada y su pistola. Y como al descuido, su diestra quedó apoyada en la culata de la pistola.

—Vuestra pistola podrá dispararme, señor de Priego, si antes no os perforo-dijo el enano manoseando la empuñadura de su espada —. Si yo caigo muerto, al día siguiente vos subiréis al cadalso.

—No pienso darte muerte, señor Bertoldo. Aunque, ¿en tanto te valoras que crees que tu muerte me podría a mí ocasionar el menor disgusto?

—Yo valdré poco a vuestros ojos... No así el secreto que poseo. Un secreto que está escrito y en manos de un amigo mío. Cuando yo muera, él lo revelará. He tomado todas mis medidas.

Volvió a reír con campechanía don José de Priego.

—No lo puedo evitar, señor Bertoldo. Tienes gracia con tus actitudes melodramáticas.

—Vos no teníais gracia ninguna cuando, saliendo de la sombra, apuñalasteis al capitán Lezama.

La agradable fisonomía de José de Priego sufrió un brusco cambio. Y por un instante, Bertoldo estuvo dispuesto a todo,

desenvainada a medias su larga espada.

Pero José de Priego era todo un carácter. Volvió a sentarse, y su rostro resumió su habitual aspecto atractivo.

—Sigue hablando, señor Bertoldo. Me interesa.

—Supongo que os interesaré aún más cuando haya terminado. Os vi apuñalar al capitán Lezama y os vi lanzarlo al río, para después hacer que se desbocare su caballo aplicándole ortigas en el flanco. He guardado silencio, y os he espiado... He oído vuestras conversaciones particulares con el médico Silverio. Todo muy bien planeado, señor de Priego. No dudo que pronto seréis el amo de la fortuna de Gonzalito. Y esa fortuna es enorme. Tanto que el precio de mi silencio os parecerá una bicoca. Me bastará con cien mil onzas de oro.

—Poco es en efecto-rió José de Priego, pero en sus ojos alentaba una luz de inquietud —. ¿Y dónde encuentro yo cien mil onzas de oro para acallar tus calumnias?

—Juguemos cartas boca arriba-dijo enfáticamente el enano —. Vos pensáis que matándome, o torturándome os podéis poner a salvo de un indiscreto. Si me matáis no sabréis quién es el otro que está en posesión de un sobre lacrado que se ha comprometido romper sólo en el caso de que yo muera violentamente y por misteriosa mano. Si me torturáis, no me arrancaréis el nombre del que está en posesión del sobre lacrado, porque ese secreto es mi venganza si queréis someterme a torturas; todo ello suponiendo que pudiérais pillarme desprevenido.

—Posees mucho maquiavelismo, señor Bertoldo. Las calumnias con que me ensucias, ¿son también usufructo de Sus Señorías, tus amigos bufones?



bufón apoyada la diestra en la gurda de su espada...

—No. Ellos no saben nada. Creen que el capitán Lezama se fué con las cartas de pago... Las cartas de pago que fué a cobrar el lacayo Antonio, al cual hicisteis seguir la misma suerte que el capitán Lezama, Cuando volvió con el dinero tras cumplir vuestras

instrucciones, le disteis puñalada y le arrojasteis al río. Por eso he tomado mis medidas para que a mí no me moje el río.

—Tienes una imaginación portentosa, señor Bertoldo.

—Lo que tengo es tanta sed de oro y ambición como vos. He tropezado por suerte con una fortuna, y vos me la daréis.

—¿Tú crees en lo que dices?

—Creo en lo que veo y en lo que oigo. Magnífica idea la que os ha hecho confabular con el médico Silverio. Es indudable que cuando suceda lo que habéis planeado, Gonzalito morirá, porque está peor de lo que cree. Y entonces vos seréis el único heredero de la gran fortuna del Justicia Mayor y es casi seguro que seréis nombrado Justicia Mayor en su lugar. Un plan excelente. Un plan, que no pienso estorbar porque así interesa a mis deseos.

—Siguiendo la broma, señor Bertoldo, ¿para qué quieres cien mil onzas de oro?

—Para tener palacio propio y comprar los servicios de bufones de talle normal-rió agudamente el enano.

Rió más suavemente José de Priego.

—Si tan inclinado soy al crimen, señor Bertoldo, ¿no temes que cuando haya cesado de existir Su Excelencia, yo me asegure tu silencio para siempre?

—Viviré prevenido... así como mi amigo.

—Y poniendo las cosas a la inversa, ¿quién me garantiza que no me delates, una vez hayas percibido la recompensa que me exiges como precio de tu silencio?

—Os lo garantiza algo infalible. Soy hombre sensato y poco dispuesto a despilfarrar. Pero por si acaso llegase un día en que mi cofre quedase exhausto, más os prefiero rico, respetado y Justicia Mayor, que enterrado en la fosa común de los ajusticiados. De un cadáver no podría sacar dinero; de vos, rozagante y en vida, sí.

Sonrió José de Priego, y encendió de nuevo su pipa con ademanes reposados.

—¡Qué gran canalla sois, señor de Priego —murmuró el enano —. Engañáis a todo el mundo con vuestro aspecto.

—Los engaño con mi inteligencia, que no es lo mismo, señor Bertoldo. Pero no me lo reproches. Si yo no fuera quien soy, ¿tendrías tú ahora la esperanza de percibir en fecha cercana cien mil onzas de oro?

—Os admiro en el fondo. Es maravilloso como tomáis la defensa del que apuñalasteis. Y el pobre Gonzalito os lo reprocha.

—Defendiendo al capitán Lezama, me defiendo yo.

—¿Por qué lo matasteis?

—Siguiéndote la broma te diré que un hombre como él, era un gran estorbo para mis planes. Desde que me fué anunciada su llegada, supe que había de matarlo como castigo.

—¿Castigo de qué?

—Castigo por haber rescatado a la que estaba muy bien allá en tierra africana. Tú que eres un hombre listo, ¿no comprendes que si Ángeles no hubiese venido, yo no tendría que haber asesinado a nadie?

Una expresión de sincera tristeza pasó por el semblante del tortuoso individuo.

—Abandoné la carrera de las armas, señor Bertoldo, donde hubiese llegado lejos, porque comprendí que el señor de Amor, a quien tú llamas tan irrespetuosamente Gonzalito...

—Como a vos os llaman Joselito.

—¿Tú, no?

—Os considero demasiado talentudo para empequeñeceros.

—También yo te considero igualmente inteligente para olvidarme de anteponer “señor” a tu nombre. Como te decía, don Gonzalo estaba demasiado solo, desde la pérdida de su hija. Me llamó, y adivinó que a su lado, pacientemente, me labraría un porvenir sin igual. Yo era su heredero... hasta que este malhadado aventurero apareció con la hija. Y ahora ya he resbalado por la pendiente. Cometido el primer crimen, ya no me detendré ante ninguno.

—Lo creo. Pero recordad siempre que mi discreción queda asegurada mientras esté yo en vida...

—Lo recordaré, señor Bertoldo... ¿Una copa de vino?

—No gracias. Hasta no haber percibido mis cien mil onzas de oro, he jurado no beber, dormir con un solo ojo y espiaros continuamente.

Rió suavemente José de Priego, bebiendo la copa que acababa de servirse.

El enano retrocedió dándole frente hasta llegar a la puerta.

—Has estado gracioso, señor Bertoldo.

—Lo celebro, señor de Priego. Pero no olvidéis el trato.
—No lo olvido. Hasta pronto.

CAPÍTULO VII

Carmen Robles

El acompasado y fácil tranco con que el caballo árabe devoraba legua tras legua, confirmaba la veracidad de las palabras del príncipe Tarhit al afirmar que era el mejor caballo de sus establos.

Desde que salieron de la posada de maese Alba, sólo por dos veces había desmontado el Pirata Negro, para con sus propias manos frotar reciamente, con trapo empapado en vinagre, el lustroso pelaje humeante de sudor, mientras el brioso bruto bebía sin ansiedades, demostrando la fortaleza de sus flancos, que apenas jadeaban.

Y administrando como buen jinete las copiosas reservas de juvenil vigor del potro bayo, divisó prontamente el Pirata Negro las marismas que conducían a la ciudad gaditana.

Cuando repentinamente surgieron de entre unos matorrales dos individuos agitando sus chambergos, atrajo hacia sí las riendas.

Acuciado por el vehemente deseo de saber la suerte que había corrido el velero, Carlos Lezama amartilló su pistola, pensando que los dos inoportunos eran soldados dispuestos a capturarle.

Disfrazados con sus galas de mosquetero, los dos lugartenientes tuvieron que dejar oír sus voces, y, en el crepúsculo, el sonido de sus gargantas permitió al Pirata Negro reconocer a sus dos hombres de confianza.

—¡Somos nosotros, señor!... —aulló “Piernas Largas”.

—¡Esperándote estábamos, señor! —vociferaba “Cien Chirlos”.

Condujo el Pirata Negro su caballo hasta el claro, tras los matorrales, y, atándolo por las bridas en unas raíces nudosas, encaróse con los dos lugartenientes.

—¿El “Aquilón”, mis valientes?

—En el mar, al pairo y tripulado por once, señor.

—¿Dónde están los otros bribones?

—Cayeron presos por sorpresa, señor-aclaró “Cien Chirlos” —No esperaban eso..., y, naturalmente, los cogieron desprevenidos.

—Mejores son las noticias de lo que esperaba.

Aquella declaración de su jefe y semidiós confortó a los dos lugartenientes, que emitieron a dúo una honda respiración, con la que patentizaban su satisfacción, porque temían la cólera del que de pronto averiguaba la prisión del tercio de sus tripulantes.

—Te buscan para capturarte, señor-dijo temerosamente “Cien Chirlos”.

—Lo supe, guapetón. También supe que circulaba la orden de deteneros a vosotros y apresar al velero. Por eso a todo galope he venido, para tratar de poner remedio a ese estado de cosas. ¿Qué nos reprochan? Que enarbolamos pabellón pirata. No se paran a estudiar si obramos como tales o actuamos como independientes bellacos, sin cometer ninguna acción indigna. ¿Quieren colgar a los piratas? No se saldrán con la suya. ¿Dónde están presos los incautos?

—En una cárcel que le llaman del Agravio.

—El agravio es el que me han conferido a mí. Venid conmigo.

—Trajimos caballos, señor. Porque dijo el chiclanero que, si tardabas en regresar, uno de nosotros intentaría hallar tu pista.

Montaron los tres, y a todo galope partieron hacia Cádiz.

Juan Robles, secretario de la Asociación Antipirática de la ciudad de Cádiz, cenaba en compañía de su hija.

Mustio el semblante, comía sin apetito, y de vez en cuando, con mudo gesto, mesábase la barba con ímpetu.

Carmen Robles cenaba también en silencio, porque conocía suficientemente a su padre para no ignorar que en aquellos momentos Juan Robles no estaba de humor placentero.

Cuando terminó de comer a desgana la fruta, Juan Robles miró a su hija con ceño fruncido.

—No has dicho una palabra en toda la cena, niña.

—Porque... he visto que estáis enfadado, padre.

—¡No lo voy a estar! —estalló el gaditano—. Tengo que cumplir órdenes, y no me queda más remedio que hacerlo, pero íntimamente me rebela tener que presenciar el ahorcamiento de los

piratas presos. Solicité la conmutación por cadena perpetua, alegando que debemos olvidar su pasado, en consideración a que después, al mando del capitán Lezama..., del llamado Pirata Negro, rescataron muchos cautivos, exponiendo sus vidas para realizar acciones que les redimen del pasado.

—Me complace oíros, señor Robles.

La repentina voz sobresaltó al aludido y a su hija. En el umbral de la sala-comedor, el Pirata Negro, brazos cruzados, examinaba a los dos comensales con sonrisa poco amable.

Juan Robles hizo un rápido movimiento hacia su cinto.

—No os mováis, señor Robles-advirtió incisivamente el Pirata Negro, avanzando un paso, pero descruzando los brazos y mostrando una pistola que acababa de desenfundar —. Tampoco llaméis en vuestro auxilio, porque mis dos lugartenientes han silenciado a vuestra servidumbre. Sin hacerles daño alguno, porque somos piratas comedidos... ¡hasta que se nos hinchan las narices! Y aunque mi perfil no se haya alterado, ha llegado ya el momento de izar pabellón pirata, ya que así lo exigen las autoridades que vos representáis.

Juan Robles se puso en pie, mesándose nerviosamente la barba.

—Es mi deber apresaros, Pirata Negro-dijo, avanzando un paso.

—El mío es impedirlo. No seáis imprudente, señor secretario antipirático. Hay treinta hombres míos en la cárcel, en espera de que sean ahorcados. Y no pueden serlo porque a mí no me da la real gana.

Juan Robles avanzó otro paso más.

—Tengo que apresaros porque es orden superior-dijo, ceñudamente.

Lo que siguió fué tan inesperado, que el propio Juan Robles sólo se dió cuenta cuando sintió sus dos muñecas apresadas con tan férrea presión, que le obligó a volverse.

El Pirata Negro, dando un ágil salto de costado, había pasado a sus espaldas, retorciéndole levemente las dos muñecas presas, mientras se las rodeaba con una servilleta que cogió de encima de la mesa.

Empujó al cautivo hasta obligarle a sentarse...

Carmen Robles levantóse y se abalanzó uñas en ristre hacia el Pirata Negro, quien la enlazó por la cintura con un brazo,

manteniéndola inmóvil contra su costado.

—¿No buscabais al pirata? Ya está aquí. Sin embargo, el que vino animado de muy buenas intenciones fué un tal capitán Lezama, ¡“Cien Chirlos”! Ven a hacerte cargo de esta señorita.

La entrada del lugarteniente impuso en Carmen Robles un mudo terror, mientras contemplaba el rostro horrendo del que, sin excesiva delicadeza, la asía por los dos brazos, obligándola a sentarse junto a su padre.

Sentóse el Pirata Negro encima de la mesa, y su índice señaló rectamente a Juan Robles.

—Vos mismo estáis muy calificado para saber lo que un pirata haría en caso semejante al presente. Empezaría por cortaros el cuello y llevarse a vuestra hija como rehén. Cuando treinta piratas colgasen de cáñamos, vuestra hija muerta atestiguaría que no en balde se castiga a los que yo mando, porque son hombres que ninguna acción criminal cometieron mientras yo les apreté las riendas.

Juan Robles deslizó una mirada de aprensión hacia su hija.

—Por suerte, señor Robles, os oí hablar sin que os supierais escuchado. Y también, pese a que sea el Pirata Negro, contra viento y marea, obro siempre de acuerdo con mi temperamento.

—Yo os juzgué caballero, capitán Lezama-dijo Juan Robles, sintiendo que le invadía la esperanza.

—Hasta cierto límite, sí. Pero echemos en la balanza el pro y el contra. Hay treinta hombres presos, y no quiero que sean ahorcados. He meditado un trueque a lo pirata, ya que a ello me obligáis. No quisiera comportarme como tal, pero los hechos mandan. Vos y vuestra hija seréis mis dos primeros cautivos. Os seguirán, el conde de Tafira y su familia, ya que él es presidente de la Asociación Antipirática. También secuestraré a otras varias personalidades, y cuando todos estén en sitio seguro, mandaré un emisario al jefe de la fortaleza, donde están recluidos mis hombres, y que es quien tiene misión de acompañarlos al cadalso. Oirá bien claramente mi deseo: la muerte de mis hombres supondrá la muerte de los rehenes...

Rió el Pirata Negro con carcajada burlona, que pareció cruel a oídos de la aturdida Carmen Robles, empavorecida por la cercanía de “Cien Chirlos”.

—Espero que accedan al trueque..,

—No lo creo-musitó Juan Robles, quien, armándose de valor, añadió, arrogantemente —: Vuestro procedimiento pirata es...

—No lo califiquéis. Es el que vos suponéis propio de cualquier pirata.

Descendió el Pirata Negro de la mesa en que se hallaba sentado, y avanzó hasta colocar su rostro ante el del secretario de la Asociación Antipirática.

—Sólo que yo tengo un maldito estorbo llamado alma, señor Robles. Si cuelgan a mis piratas, os liberaré a todos vosotros; pero después, si prendo fuego a ciudades indefensas, o abordo navíos españoles, no me lo reprochéis. Habréis tenido la culpa por confundirme con un pirata vulgar, sin parar mientes en cuál fué mi ejecutoria mientras enarbolé pabellón de rebeldía a leyes escritas. Porque las leyes morales las respeté. A mi modo, si queréis, pero de forma que siempre puedo llevar muy alta la frente ante quien sea. Y ahora, basta de charla. ¡“Piernas Largas”!

Entró en el comedor el andaluz, y el Pirata Negro le señaló a Juan Robles y a su hija.

—Tú te harás cargo de esos dos rehenes. Llévalos donde sabes, mientras “Cien Chirlos” y yo vamos a visitar al conde de Tafira y su distinguidísima familia.

Carmen Robles se incorporó a medias, impedida de hacerlo completamente por la zarpa que “Cien Chirlos” apoyó en su hombro.

—Quiero hablar a solas con vos, capitán Lezama-suplicó ella.

—Aquí no hay capitán Lezama que valga, señorita. Sabéis ya sobradamente que no me permiten serlo, y prefieren habérselas con el pirata.

—Yo, no-rebatió ella —. Dejadme que os hable a solas, y seguramente no os arrepentiréis.

—¡Te lo prohíbo! —gritó Juan Robles, congestionado el semblante—. No hagáis caso, señor-añadió, mirando implorante al Pirata Negro —. Mi hija es una tontuela sin sesos, soñadora y que...

.



—Bien, hermosa. Hablad ya...

Hizo el Pirata Negro un ademán, y “Piernas Largas” asió las dos muñecas maniatadas del gaditano, aplicando en su boca una mano poco cordial

—Trasládalo a la habitación donde están encerrados los de la servidumbre. Vete con él, “Cien Chirlos”. Vigilad.

Al irse los dos lugartenientes llevándose a su padre, Carmen Robles sirvióse un vaso de agua, que apuró ansiosamente.

—Bien, hermosa. Hablad ya, porque el tiempo apremia. ¿Qué me queréis contar?

—Vos sois amigo del capitán Lucientes. Os achacan el ser pirata de legendaria fama en las Antillas, pero yo no os creo capaz de crimen alguno ni de acción deshonrosa.

—Muy amable por vuestra parte —dijo el Pirata Negro, con irónica reverencia.

—Yo sé que a mi padre nada le ocurrirá. Por esta misma razón, voluntariamente os ofrezco una posibilidad de liberar a vuestros hombres, sin tener que recurrir a procedimientos expuestos.

—No os quiero ofender, pero me enseñaron siempre a desconfiar de la paloma con el ramo de olivo en el pico..., porque tras el dulce pico se esconde la trampa guerrera.

—Vos juzgaréis por vos mismo. Yo no pretendo engañaros.

—Vuestra morena belleza nada tiene de pérfida, pero de por

medio está la vida de treinta hombres.

—Si venís conmigo...

—Anticipadme antes alguna sugerencia de lo que de mí deseáis.

—Habéis oído decir a mi padre que yo soy soñadora. En efecto; ahíta de vida tranquila, sueño siempre con la aventura. Quizá por esto, frecuenté a hurtadillas el trato del señor Cayetano.

—¿Quién es ese caballero?... ¿Qué tiene que ver con lo que a mí me interesa?

—El señor Cayetano a estas horas se encuentra en una de las tabernas de la calle Corregidor, vecina a nuestra calle. Me tiene mucha simpatía porque soy acaso una de las pocas personas que le trata sin repulsión. Es un charlatán borrachín, pero nadie quiere oírle contar sus cuitas. Y acogerá con gran entusiasmo el tener dos oyentes: vos y yo.

—¿Para qué tenemos que oírle sus divagaciones de ebriedad?

—Porque, entre las muchas cosas que me contó, citó una vez algo que os será de mucho interés. Pero hay que dejarle hablar a su modo. Se extiende como dijisteis, en divagaciones, pero vos, si tenéis paciencia, hallaréis en sus palabras la solución a vuestro conflicto. Intentad creer en mí. En definitiva, sólo perderéis, a lo sumo, una hora, y os juro que no os arrepentiréis de haber tenido confianza en mí.

Levantóse ella y vino a colocarse junto al Pirata Negro, apoyando su mano en su antebrazo.

—Mentiré una escapatoria..., en la que vos sois mi galán. Comprended que el señor Cayetano no hablaría si supiera que los hombres que están en .la cárcel de los condenados a muerte son piratas a vuestras órdenes...

—Me intrigáis, hermosa. No sé dónde me lleváis, pero sí sé que en vuestros ojos hay luz de inteligencia. Por tanto, no os quiero ofender pensando que preparáis alguna trampa.

—La trampa os la facilitará a vuestro favor el señor Cayetano.

CAPITULO VIII

La casa del verdugo

Salieron ambos a la calle desierta. Enlazó el Pirata Negro por el talle a la gaditana.

—Excusadme la libertad, hermosa; Pero os debo advertir que, si bien soy muy galante, dejaría de serlo si intentarais llamar a la ronda de vigilancia o alborotar cuando entrásemos en el lugar a donde me lleváis en busca de ese señor Cayetano.

—Es natural que desconfiéis. Ahora, recordad lo que os he dicho: el señor Cayetano es muy charlatán, y, para no despertar sospechas, me deberéis dejarle conducir por el terreno al que quiero llevarle.

—En definitiva, ¿por qué la gente le huye a ese charlatán sin auditorio? ¿Quién es él?

—Es el sobrino del que fué ayudante del verdugo de Cádiz.

Torcieron la esquina, y en una taberna bastante concurrida, Carmen Robles, desde el umbral, ondeó la mano, avanzando, acompañada por el Pirata Negro, hasta una mesa donde, solitario, un individuo trasegaba melancólicamente una jarra de vino.

Era un hombre de unos cincuenta años, flaco y de ojos lacrimosos. Su cabello ralo era sucio, así como sus ropas raídas.

Los ojos lacrimosos se iluminaron repentinamente con alegría al ver a la mujer que se detenía ante su mesa.

—Buenas noches, señor Cayetano, El señor capitán y yo pasábamos por delante de la puerta, y os he visto. El señor capitán tenía sed, y, si no as parece mal, os haremos compañía.

—Buena chica, Carmela, buena chica. —Y el señor Cayetano levantóse para dedicar una profunda reverencia al Pirata Negro.— Me honra vuestra presencia, señor capitán. Habéis elegido bien

vuestra compañía, porque en todo Cádiz no hay mujer más hermosa que Carmela Robles. ¿Y tu padre, niña?

—Duerme.,. —y sonrió ella picarescamente.

Rió complacido el beodo, que acogió satisfecho la palmada con la que el Pirata Negro pidió dos jarros do vino.

—¿Os ha dicho Camela quién soy, señor capitán?

—Me ha dicho que sois buen amigo de ella, y eso me basta, señor Cayetano. Brindemos por nuestras amistades.

Hecho el brindis, el gaditano chasqueó la lengua.

—Torpe humanidad la de esta ciudad, señor capitán, que rehuye mi trato porque… porque tuve un tío llamado Jeremías. A vos esto no os impresionará, porque leo en vuestro audaz semblante todas las características del valiente caballero que ha transitado por entre muchas aventuras… ¿Sabéis quién era mi tío Jeremías?

—No tuve el honor de conocerlo.

Rió el beodo, como si acabara de oír una chanza.

—Celebrad que no lo conocierais. Murió ya, pero su mala fama es la que me hace ser un borracho solitario. Mi tío Jeremías no era, ciertamente, ni la gloria, ni el honor de nuestra respetable familia. Mi abuelo era un gaditano honorabilísimo que regentaba una posada, y teniendo que sustentar a nueve hijos la vida le era difícil. No se debía a que los hijos mayores, entre los que estaba mi padre, no fuesen trabajadores, sino a que el más joven, este diablo de Jeremías, parecía desde su edad más tierna propenso a inclinaciones de bandido. Abandonando el manejo de las cacerolas, frecuentaba las casas de juego y otros malos lugares, mercándose el dinero en la bolsa de mi abuelo, por lo que éste le expulsó de la posada. ¿Os aburre mi historia, señor capitán?

—¡Oh, no! —apresuróse a intervenir Carmen Robles—. Le dije ya al señor capitán que vos erais un ameno cuentista.

—Gracias. Pues, como decía, mi tío Jeremías, al verse privado de recursos, no tardó en enrolarse en una banda de salteadores bastante afamada en aquella época. Naturalmente, una vida tan aventurada tenía por secuela graves peligros. Desvalijando caminantes y querellándose con los corchetes, el bribón de Jeremías acabó por encontrar la suerte que normalmente le pertenecía. ¿Os invito a otro jarro, señor capitán?

—Os invito yo, señor Cayetano —dijo el Pirata Negro, que,

dominando su impaciencia, no dejaba de vigilar el menor movimiento de Carmen Robles y cuantos andaban por la taberna.

No comprendía a qué finalidad conduciría aquella extraña situación en la que se veía obligado a escuchar las divagaciones de un charlatán.

Cuando el gaditano hubo bebido, prosiguió, animadamente:

—Preso después de una reyerta desfavorable en el Puente Mayor, fué conducido a las mazmorras de Santa Catalina. Su asunto estaba claro… Convicto de robo y salteamiento de caminos, los jueces le condenaron al suplicio de la rueda. Y mi tío fué trasladado a la casa del verdugo.

La diestra de Carmen Robles se apoyó sobre la misma mano del Pirata Negro, en ademán que tanto podía interpretarse como de acumular paciencia o de que escuchara con interés.

—Por entonces, el ejecutor de los altos trabajos reales era un tal Carpanta. Un coloso con una barba de un negro de brea, de la cual estaba muy orgulloso, y con una mirada que inspiraba terror. No hablaba apenas, y se limitaba a dejar escapar gruñidos extraños cuando se dedicaba a su siniestra labor. Todos le huían, como es natural, y las mujeres se persignaban miedosamente al verle. De todas formas, Carpanta salía poco y vivía como un leproso aislado en su casa: la casa del verdugo…

El señor Cayetano rió con deje burlón y agudo.

La mano de Carmen Robles apoyóse significativamente encima de la diestra del Pirata Negro.

—¿Es bonita la casa del verdugo, señor Cayetano?

—No me interrumpas, niña. Estoy contando la vida de mi tío Jeremías. Este era, pues, muy contra de su voluntad, huésped de Carpanta. Las ejecuciones tenían lugar en la Plaza Mayor, pero como la fecha de la ejecución de mi tío coincidía con una fiesta religiosa, se decidió que el condenado no fuera torturado públicamente. Debía, pues, pasar de vida a muerte muy íntimamente en la sala particular de la casa del verdugo.

Volvió de nuevo a reír el charlatán.

—El señor Carpanta preparó la rueda y ató a ella el paciente. Para animar el suplicio, decidió romper los miembros del pobre Jeremías con barras de hierro enrojecidas previamente al fuego. Pero mientras se ocupaba, en colocar las barras en el hornillo, la

Providencia, favorable por una vez a los bribones, provocó un accidente que debía salvar la existencia de la víctima. El señor Carpanta, al atizar el fuego, resbaló y cayó de bruces sobre las brasas. No se hirió gravemente, pero su hermosa y terrorífica barba quedó asada, y el verdugo, hombre insensible para todo, fue muy sensible a tal destrozo.

El Pirata Negro empezaba a lamentar el haber venido a escuchar historietas que en nada le interesaban.

Quizá su impaciencia fué adivinada por la gaditana, que supo mirarle suplicante, parpadeando en invitación de espera.

—Mi tío atado a la rueda, y que había asistido a la escena, tuvo entonces una inspiración de genio. Declaró a Carpanta que su mal tenía remedio. El verdugo, que imprecaba como un demonio en una pila de agua bendita, condescendió a escucharle, y mi tío le dijo que poseía el secreto de un ungüento cuya receta era patrimonio de zíngaros y que hacía crecer como por encanto el cabello. Carpanta, oyendo tal cosa, experimentó una gran alegría, y replicó que, si lo que mi tío aseguraba era cierto, le perdonaba la vida, ya que le pertenecía por entero, puesto que los jueces le habían entregado a su oficio. Y le prometió hacerlo su ayudante si le devolvía su barba.

Bebió de nuevo el narrador, y Carmen Robles reclinóse levemente sobre el hombro del Pirata Negro.

—Mi tío juró que antes de ocho días el bello ornamento del rostro del verdugo habría adquirido de nuevo su largura y lustre naturales. Preparó un ungüento de bruja, donde a la sangre de un niño muerto se mezclaba la baba de un sapo y aceite de víbora. El efecto de tal pócima fué prodigioso, y el señor Carpanta recuperó su magnífica barba. Agradecido, nombró a Jeremías ayudante suyo. Y mi tío, triste es reconocerlo, apreció en mucho aquella dignidad.

Hizo una pausa, que aprovechó Carmen Robles para indicar:

—El señor capitán os escucha muy interesado, señor Cayetano. ¿Por qué no le contáis lo sucedido al enamorado novio de Luisa del Olmo?

El aludido guiñó los ojos, contemplando a la pareja.

—Bella historia de amor. Por cierto, señor capitán, ¿os interesaría visitar la casa del verdugo? Nadie entra en ella...

La diestra de Carmen Robles se crispó alrededor del antebrazo del Pirata Negro, que iba a denegar, harto ya de lo que juzgaba

pérdida de tiempo.

—No entra nadie en ella-prosiguió diciendo el gaditano —, por su triste fama... y también por la vecindad con la cárcel del Agravio.

Carlos Lezama dominó su repentina excitación, comprendiendo, por fin el porqué de la insistencia de Carmen Robles.

Afectó un aire de indiferencia.

—Si a la señorita Carmen no le impone tal visita, me complacería acompañaros, señor Cayetano.

—Naturalmente, deseo una gran discreción, señor capitán. No contéis a nadie que os llevé a la casa del verdugo. Varias veces he invitado a Carmen a acompañarme, pero se negó. Hoy por lo visto, vuestra bizarra apostura le da a ella valor. En camino.

Hizo el gaditano verdaderos prodigios de rebusca por sus bolsillos, fingiendo querer pagar, pero se le iluminaron de gratitud los ojos al ver que su recién conocido depositaba sobre la mesa varias monedas.

En la calle colocóse el señor Cayetano a la izquierda del Pirata Negro y señaló hacia los barrios extremos de la ciudad.

—Hay unos diez minutos de marcha. Para hacerlos más cortos, os explicaré la historia que ya Carmen conoce. Una historia triste de amor y muerte. El romance de los amores de Luisa del Olmo con el caballero Ferrándiz. Yo nunca he tenido los vulgares prejuicios del poblacho, y muy niño aún rendía frecuentes visitas a mi tío, en casa del verdugo. Él me contaba anécdotas estremecedoras... Tenía yo doce años cuando tuvo lugar un proceso célebre endiabladamente complicado. Una hermosa damisela, por nombre Luisa del Olmo, fué acusada de haber intentado envenenar a sus padres, que eran hostiles a sus esponsales con el caballero Ferrándiz un apuesto y magnífico capitán de la guardia.

Cruzábanse de vez en cuando con algún paseante, y, aunque escuchaba con atención, no por eso dejaba el Pirata Negro de conservar su diestro cercana a su cinto, mientras su brazo izquierdo enlazaba el talle de Carmen Robles.

—Fué encarcelada en el Agravio, que es donde recluyen a los condenados a muerte. Según mi propio tío, Luisa del Olmo era inocente del crimen horroroso que se le imputaba, pero sometida a tortura y bajo el imperio del dolor, confesó el crimen de que se la acusaba. Se la condenó a ser ahorcada. Su enamorado, el caballero

Ferrándiz, después de haber en vano implorado los ministros y el rey, se resolvió a arriesgar lo imposible para salvarla de la muerte. Fué a visitar al señor Carpanta e intentó sobornarlo. Recuerdo corno si fuera hoy las frases con las que mi tío me reprodujo la respuesta del verdugo. Son muy interesantes: "Yo no puedo aseguraros que no cumpliré con mi oficio, caballero Ferrándiz. La condenada debe ser ahorcada en el claustro del Agravio pasado mañana al amanecer. Ya he levantado el cadalso, y cumpliré con mi tarea. Sin embargo, os puedo sugerir un medio para liberar a la que amáis. La cárcel del Agravio está muy cerca de mi casa, y os revelaré que por comodidad he construido un pasadizo secreto que me permite entrar en el patio de los condenados a muerte del Agravio..."

El señor Cayetano miró al Pirata Negro, que impulsivamente acababa de erguir la cabeza.

—Muy interesante vuestro relato, señor Cayetano. Pocas veces he oído charla tan aleccionadora. Proseguid, que me deleitáis.

—Os agradezco la amabilidad, señor capitán. Pues bien, el verdugo siguió diciendo: "Es un pasaje subterráneo, bastante incómodo para quien no está acostumbrado a andar por él, ya que es resbaladizo y está sembrado de grietas en cuyo fondo hay arenas movedizas. Este subterráneo tiene su entrada en mi sala de labor, bajo una trampa, y desemboca en el patio donde están las jaulas de los condenados a muerte. Ya que vuestra generosidad es apreciable y que para mí el oro no tiene olor ni color, os permitiré la entrada a este subterráneo la noche que precederá a la ejecución, y si tenéis la suerte de alcanzar sano y salvo la prisión y liberar por el medio mejor que vuestra imaginación os sugiera a la víctima que me está encomendada, os prometo discreción. Pero os advierto que yo no os acompañaré en este pasadizo. Os guiaréis a solas, y es labor ardua, porque al menor paso en falso caeréis en las arenas movedizas, que os deglutirán sin salvación. También hay otro peligro. Yo construí este pasadizo rudimentariamente, y a veces se desprenden de la bóveda rocas que os pueden aplastar. En fin, quedáis avisado".

—Presumo que el señor Carpanta quería el oro y la discreción eterna del que le sobornaba, ya que le aventuraba a tal camino peligroso-dijo el Pirata Negro, sonriente.

—Sois sensato al pensar así, señor capitán. Lo cierto es que el caballero Ferrándiz no pudo convencer al verdugo de que le sirviera

de guía. Pero el amor le impulsaba y entregó a Carpanta las cien onzas de oro, que era el precio convenido. La noche señalada, el bravo capitán, loco de amor y con la fuerza de los desesperados, se presentó en la casa hacia donde ahora nos dirigimos. Mi tío Jeremías le abrió la puerta. El caballero Ferrándiz se había provisto de una linterna sorda y de rollos de cuerdas. Carpanta le abrió la trampa... Pasaron dos horas, y el hipocritón de Carpanta, sacudiendo la cabeza, le dijo a mi tío que era una locura lo que el bizarro capitán había intentado, deseándole paz eterna. Apenas acababa de hablar, cuando resonaron unos pasos vacilantes procedentes del pasadizo y audibles por la trampa levantada. El caballero Ferrándiz, lívido y con el rostro ensangrentado, se izó penosamente a fuerza de puños y quedó tendido en la sala lúgubre del verdugo. Carpanta le reanimó con un poderoso cordial.

—En el fondo, no era mal hombre vuestro verdugo-dijo sarcásticamente el Pirata Negro.

—Lo reanimó por curiosidad. El caballero Ferrándiz explicó con voz agonizante que había evitado las grietas de arenas movedizas, y que había sufrido el tormento de llegar junto al patio de los condenados a muerte. Pero que allí había una reja que no pudo abrir por más esfuerzos que hizo. Carpanta, de veras, o más realmente fingiendo ser sincero, declaró que desconocía la existencia de aquella reja. El caballero Ferrándiz dijo que se decidió a regresar en busca de utensilios con que descerrajar de sus garfios empotrados en la roca la reja maldita, pero en su camino de vuelta una roca se desprendió de la bóveda, hiriéndole en la frente... Murió apenas hubo terminado de hablar.

Carmen Robles se estremeció involuntariamente.

—Mi tío Jeremías dijo que, para evitarse enojosas molestias, enterraron al infortunado caballero en el subterráneo. A la mañana siguiente, Luisa del Olmo era ahorcada.

—¡Triste epílogo!

El señor Cayetano señaló un edificio de achaparrada y maciza construcción que se erigía hacia el final de la amplia avenida desierta por la que andaban.

—Aquélla es la cárcel del Agravio.

Y distante de ella, a medio centenar de metros, está la casa del verdugo. La casa sin propietarios, que nadie quiere comprar, por su

siniestra reputación. Yo, de vez en cuando, me encierro en su interior, recordando las visitas que cuando niño y mozalbete le hacía a mi tío Jeremías.

La casa del verdugo era un edificio aislado en el centro de un terreno yermo. No tenía más que una planta y sus ventanas estaban herméticamente cerradas.

Delante de la puerta, en un cuadrángulo de adoquines, el musgo crecía libremente.

El señor Cayetano maniobró en el cerrojo de la gruesa madera herrada, que giró sobre sus goznes con crujido siniestro.

Penetraron el Pirata Negro y Carmen Robles tras él en un vestíbulo sombrío y vasto, cuyo entarimado de madera se agrietaba, y por entre cuyas rendijas crecía también el musgo.

Un olor sofocante de moho se agarraba a las gargantas.

—Una aireación muy defectuosa —comentó el señor Cayetano.

Hizo una señal y caminó hacia el fondo del vestíbulo, penetrando en otra sala. Una sala cuyos muebles macabros estaban recubiertos de polvo y herrumbre.

Caballetes de madera, camas de hierro de formas retorcidas, grandes hornillos, cadenas suspendidas de las vigas del techo, ruedas dentadas, pinzas...

Un verdadero arsenal de tormento, que indicaba suficientemente a las claras lo que había sido aquella casa.

—¡Es horrible! —dijo Carmen Robles, con tenue voz.

—En efecto —aprobó plácidamente Cayetano—. Es una casa maldita. La casa donde hace treinta y cinco años vivía el señor Carpanta y mi estimable tío. Y esa, ¡esa es la entrada al subterráneo!

Dió el señor Cayetano un leve taconazo sobre el lugar en que sus pies se asentaban.

El musgo formaba a modo de cuadro alrededor de una trampa que se adivinaba maciza y de mucho peso.

—Para levantarla fueron precisos, según me contó mi tío Jeremías, los esfuerzos combinados de los músculos del señor Carpanta y del caballero Ferrándiz.

—Este aire es sofocante-dijo Carmen Robles —. No resisto más.

Salió corriendo, y cuando la alcanzó el Pirata Negro, alejados de la puerta donde el señor Cayetano maniobraba para cerrarla, ella

susurró:

—¿Os engañé, señor capitán?

—Si no supiera... que estáis enamorada del capitán Lucientes, os declararía adorable. Pero no quiero encelar a mi amigo.

Ella sonrojóse, sonriente.

—Y, ahora, ¿qué pensáis hacer, capitán Lezama?

—Separémonos lo antes posible del señor Cayetano...

No fué difícil. En la primera taberna, y ante la generosa dádiva del Pirata Negro, el señor Cayetano declaró que no quería estorbar más el paseo de los enamorados.

Y, recomendándoles discreción, internóse en el antro de Baco.

CAPÍTULO IX

Los tres titanes

“Piernas Largas” y “Cien Chirlos” montaban la guardia ante la puerta de la habitación en la que estaban encerrados Juan Robles y su servidumbre.

La entrada del Pirata Negro acompañado por Carmen Robles fué acogida con silencioso agrado por los dos lugartenientes.

La primera pregunta del Pirata Negro sorprendió a los dos piratas, pero también sorprendió a Carmen Robles, que era a quien iba dirigida.

—Mañana por la mañana, ¿pensáis recibir alguna visita?

—Pues... sí, la hija del conde de Tafira quedó en pasarme a recoger a primera hora.

—¿Qué hará al ver la casa silenciosa?

—No os comprendo.

—Supongo que sensatamente recorrerá todas las habitaciones y os encontrará en la vuestra, cómodamente atada en vuestro lecho y delicadamente amordazada.

—¿Es preciso? —preguntó ella, sonriente.

—Para nuestras mutuas tranquilidades. Yo y mis dos segundos debemos ir a un paseo nocturno, y es preferible sepa que estáis reposando en vuestro lecho. Mañana por la mañana os liberará la hija del conde de Tafira, así como a vuestro padre. Y podréis echar cuantas pestes queráis acerca del bellaco que soy. Calumnia más o menos, no me afectará.

—Nunca podré hablar mal de vos.

—Hacedlo... para cubrir las apariencias. Y os prometo, en recompensa, que cuando vea al capitán Lucientes le recordaré vuestra belleza.

Cuando por sus propias manos hubo el Pirata Negro atado a su lecho y amordazado a la hermosa gaditana, descendió de nuevo para enfrentarse con sus dos lugartenientes.

—Seguidme. Tenemos que efectuar una visita. ¿Quieres saber dónde, guapetón? —preguntó, mientras abandonaban la casa.

—Si tú quieres decírmelo, señor...

—Vamos a la casa del verdugo.

"Cien Chirlos" encogió la cabeza entre los amplios hombros, pero, viendo la sonrisa de su semidiós, arrugó el rostro en múltiples recovecos.

Por el camino, y con breves aclaraciones, fué el Pirata Negro poniendo a sus dos acompañantes en antecedentes de la conversación-monólogo del señor Cayetano.

—...y ésta es la casa famosa. Su puerta es recia, pero recios son vuestros hombros. A ella, sin demasiado ruido.

"Cien Chirlos" apoyó uno de sus hombros contra la gruesa madera, imitado por "Piernas Largas".

Empujaron a una, y repitieron por dos veces. A la tercera, saltaron los cerrojos, y poco después la lucarna abierta en el techo iluminaba espectralmente la sala donde se amontonaban los utensilios de tortura.

El Pirata Negro colocóse encima de la trampa.

—Los peligros de ese subterráneo que se abre bajo mis pies no serán hoy menores que lo fueron en tiempos del caballero Ferrándiz. Las arenas movedizas seguirán allí, traidoras y fatales, y los derrumbamientos de la bóveda deben ser hoy aun más frecuentes que entonces, cuando los provocó la pisada del caballero enamorado. También la famosa y maldita reja continuará en su sitio. Pero tenemos una ventaja. Lo sabemos... Muy torpones seríamos si no conjurásemos esos peligros. Acércate, chiclanero.

"Piernas Largas" obedeció, mientras el Pirata Negro le palmeteaba los hombros y los brazos.

—Veo que la ociosidad no ha estropeado tus músculos, que siguen sin ablandarse. ¿Ves aquella plancha de hierro? Debía servir para acostar en ella a los condenados a ser asados vivos. Trata de levantarla por encima de tu cabeza.

"Piernas Largas", con andares de jaquetón, aproximóse a la pesada y larga plancha de grueso hierro.

Inclinóse y se le oyó respirar afanosamente, mientras, arqueando los riñones, trataba inútilmente de levantar la voluminosa plancha.

Al fin, sudoroso y jadeante, encendido el rostro de cólera, escupió en el suelo.

—No puedo, señor. Pesa mil diablos.

—Ayúdale, "Cien Chirlos".

Entre los dos lograron mantener en alto la plancha, que les cubrió el extremo de sus brazos, como un techo portátil.

—Bien-decretó el Pirata Negro —. Ya tenemos el primer utensilio. Nos servirá para deambular por el subterráneo sin peligro de que las rocas que puedan desprenderse nos casquen el meollo. Dejadla en el suelo.

Dirigióse él mismo hacia un rincón, de donde volvió con una larga vara de hierro, uno de cuyos extremos insertó en la rendija de la trampa. Levantarla fué trabajoso. Era pesada y sus goznes enmohecidos resistieron al esfuerzo del Pirata Negro, que, tensos todos los músculos y usando el hierro como palanca, logró, al fin, levantar la madera de gran espesor, que quedó inclinada, casi rozando el suelo y dejando al descubierto un negro hoyo.

La linterna sorda que había encendido "Cien Chirlos" iluminó el orificio, del que emanaban exhalaciones de agua estancada.

Había una escalera de piedras bastamente colocadas...

—Enrolla cuerda a tu cintura, chiclanero. Y tú, guapetón, coloca en tu cinto aquella cuerda rematada por garfio. Ahora estamos ya equipados para el viaje.

La plancha de hierro, soportada por un extremo por los dos lugartenientes y por el otro por el Pirata Negro, encajó casi ajustada en diagonal por el hoyo.

Descendió primero el Pirata Negro, que tanteaba el terreno con la barra de hierro a modo de cayado.

—No soltéis nuestro techo, bribones-advirtió —. De lo contrario, el viaje terminaría antes de empezar.

Cuidadosamente los dos lugartenientes pusieron en juego toda la fuerza considerable de sus musculaturas para ayudar al esfuerzo de titán con el que el Pirata Negro iba descendiendo bajo el peso de la plancha de hierro.

"Cien Chirlos", colgada del cuello la linterna sorda, iluminaba el recinto en que se aventuraban los tres hombres.

No tardaron, a unos diez pasos da profundidad, en encontrar suelo firme, y casi fué con alegría que los dos lugartenientes, a brazo tendido, elevaron encima de sus cabezas la pesada plancha, que obraba a modo de techo portátil.

Frente a ellos, y bajo la improvisada protección, el Pirata Negro tanteaba el suelo con la barra de hierro.

—Mantened en alto el cubrecabezas, valientes. Y estad dispuestos a no flexionar los brazos si cae roca.

Avanzaron lentamente por una especie de desfiladero, que semejaba una estrecha cloaca... A veces el hierro rozaba el muro, y sobre él repicaban pedruscos que se desprendían al paso de los tres titanes.

Fueron prosiguiendo la caminata casi a tientas, porque la linterna, que con su luz acompasaba el andar de “Cien Chirlos”, perforaba sin gran fuerza las tinieblas, que iban siendo cada vez más opacas.

Llegaron a un lugar en que el pasadizo súbitamente se ensanchaba. Ya sus ojos, acostumbrados a la obscuridad, vieron las grises paredes húmedas donde placas verdosas rezumaban gotas.

En aquella profundidad reinaba un frío glacial.

Con su cayado el Pirata Negro señaló sobre el suelo húmedo masas arenosas que lo flanqueaban.

—Seguid bien mis pasos, bellacos. Mucho valemos para tener por tumba esas arenas glotonas.

Fué contorneando los lugares donde la pérfida y compacta masa abundaba, y de pronto el pasadizo se ensanchó en un espacio circular, donde la luz era vivísima.

Miraron a lo alto, y a cosa de unos cinco metros percibieron el enrejado de varios barrotes tupidos, por entre los que transparentaba la luz de antorchas.

Los muros, sucios de desperdicios, así como el suelo, indicaban que el antiguo acceso del señor Carpanta era ahora un vertedero, sin más uso que echar por él los restos de barridos y fregados.

Silenciosamente y con redoblado esfuerzo los tres hombres depositaron la voluminosa plancha en el suelo.

Acercó el Pirata Negro sus labios al oído de “Cien Chirlos”.

—Sirve de base, guapetón. Aguanta hasta que revientes. No puedo arriesgarme a apresar los barrotes con el garfio, porque el

ruido podría atraer a los guardianes.

“Cien Chirlos” adosóse al muro, aplicando contra él sus espaldas, y cruzó las dos manos, entrelazando los dedos, delante de su estómago.

El Pirata Negro habló al oído de “Piernas Largas”:

—Monta en sus espaldas, y aguárdame. Torre de escalada.

El andaluz aplicó un pie en las manos que ofrecía “Cien Chirlos”, y quedó de cara al muro.

El Pirata Negro imitó su ejemplo, y, cuando estuvo con los dos pies encima de los hombros de “Cien Chirlos”, éste cogió los tobillos de “Piernas Largas”, que, sólidamente apuntalado, apoyó la frente contra el muro arqueando la espalda.

Encaramóse el Pirata Negro encima de la espalda de “Piernas Largas”, y segundos después estaba en pie sobre los hombros del andaluz.

Quedaba formada la torre de escalada.

Los cabellos del Pirata Negro rozaban el enrejado. Tendió el oído, y distintamente, aunque procedentes de lugar alejado, oyó imprecaciones, cánticos y vociferar de gargantas poco respetuosas.

Asió con cada mano uno de los barrotes viscosos, y quedó suspendido en el vacío para permitir que el sufrido “Cien Chirlos” reposase.

A la vez comprobaba la solidez del enrejado, que no cedía, empotrado sólidamente.

Bendijo el ruido que formaban los treinta encarcelados, porque cubriría el que dentro de unos instantes iba a producirse.

Quedó suspendido por una mano, y con la otra señaló su cinto y a continuación repitió el ademán señalando el cinto de “Cien Chirlos”.

Éste desenrolló la cuerda rematada por garfio, y con prudente lanzamiento, que hizo vacilar sobre sus espaldas al andaluz, lanzó el garfio hacia lo alto.

Asió la cuerda el Pirata Negro y ensartó el garfio en un barrote. Colgóse de la cuerda ya afianzada y dejóse resbalar hasta el suelo.

—Desciende, chiclanero-dijo en voz normal —. Nadie nos oirá. Mis valientes amenizan las horas de espera cantando y llenando de denuestos a sus guardianes. Y ahora, manos a la obra.

Tiró de la cuerda hasta tensarla…

—Los tres a la vez nos colgaremos de ella. ¡A la una, a las dos, a las tres!...

Un racimo humano de tres atletas quedó colgando de la cuerda. Repitieron por varias veces el poderoso tirón.

Los leves crujidos con que la reja demostraba que el tratamiento surtía efecto cesaron instantáneamente, y varias piedras saltaron desde arriba, cayendo encima de los tres titanes.

La reja acababa de saltar, de sus goznes y colgaba suspendida por un extremo. El extremo opuesto al que sustentaba el garfio.

Comprobó el Pirata Negro la solidez del enrejado ya abierto, y ágilmente fué trepando por la cuerda.

Cautelosamente asomó la frente por el borde del espacio ya abierto. El espectáculo fué el que esperaba.

Abría la reja en un patio techado, en cuyo final una gran reja mantenía prisioneros a una treintena de piratas, que se entretenían a su manera.

Unos cantaban rudas canciones marineras, mientras otros, asidos a los barrotes, intercambiaban diálogos poco amables con cinco guardianes que les hacían frente.

Las invectivas eran de todos calibres, y los piratas lograban enfurecer a sus guardianes.

Algunos de los que cantaban cesaron en sus canciones, pero, de pronto, arreciaron en ellas, ante la señal imperativa del Pirata Negro.

Los que insultaban a los guardianes aumentaron en sus invectivas, formando un ensordecedor pandemónium.

"Piernas Largas" solo abatió a un guardián de un culatazo, porque el Pirata Negro, a la vez que propinaba un puñetazo en la nuca de otro, abatía la culata de su pistola en la sien del otro.

Y "Cien Chirlos" fué más rápido. Cogió dos cuellos y entrechocó los cráneos de los que, de espaldas, no habían tenido ni ocasión de ver que hacia ellos avanzaban tres hombres cubiertos de polvo y suciedad.

Los cinco guardianes quedaron tendidos en el suelo.

—Seguid cantando y gritando, mis valientes... —ordenó el Pirata Negro, brillantes los ojos.

La breve pausa de silencio admirativo con la que los treinta condenados a muerte habían acogido el feliz resultado de la

agresión a los guardianes, cesó.

Y mientras se desgañitaban, ahora con feroz alegría, “Cien Chirlos” cogía los llaveros colgando del cinto de uno de los cinco corchetes.

Mientras abría los complicados cerrojos, “Piernas Largas” amordazaba y ataba a los guardianes, haciendo tiras con sus propias ropas.

Siempre cantando y gritando, los treinta piratas se alinearon en el patio, mientras los cinco guardianes ocupaban, inconscientes, el interior de la vasta celda.

Inclinóse el Pirata Negro y habló al oído de “Piernas Largas”.

—En tres viajes, llévalos de guía hasta la casa. Esperadme allí.

Fueron desapareciendo uno tras otro los liberados. A la media hora, el último de ellos era seguido por “Cien Chirlos” y el Pirata Negro.

Por última vez sirvió la plancha de techo portátil, ahora llevada ligeramente por los once hombres, ante los que el Pirata Negro iba tanteando el terreno.

En el aposento que antaño fué sala de tortura los treinta liberados se alinearon respetuosamente en tres hileras.

—Bien, bribones. Veo que no os puedo dejar solos, aunque más culpa tiene mi fama que vuestra torpeza, en esta prisión. Ahora, vamos a respirar mejores aires. Quedan aún varias horas antes de que amanezca. Iréis con “Cien Chirlos” adonde él os dirá. En los matorrales donde ellos me esperaban, os esperaré con “Piernas Largas”. Os necesito, pero a caballo. Lo compráis, lo robáis..., cierro los ojos. Cuando los abra, os tengo que ver montados y presto. ¡Id!

Los treinta hombres desfilaron llevando al frente a “Cien Chirlos”.

Al amanecer, por la carretera de Sevilla, treinta y tres jinetes galopaban a toda rienda.

Los escasos viandantes se encogían de hombros. ¿Fuerzas del archiduque o felipistas?

Lo cierto era que en España la Guerra de Sucesión había atraído a aventureros y mercenarios de todas razas y temples;..

CAPITULO X

Corazones que fallan...

En el palacio-morada del señor Gonzalo de Amor todo era quietud. Una quietud más acentuada que nunca, como si la sombra de la muerte planease por el ámbito, imponiendo silencio.

Pero en la sala donde los cinco enanos verificaban sus reuniones no reinaba el mismo silencio, pese a las exhortaciones de Tito, el viejo y sesudo cincuentón.

—Hago observar a sus señorías que es una evidente falta de respeto mantener ahora chácharas-dijo Tito, dejándose resbalar de su escabel.

Viéndole enfurruñado, los demás optaron por callarse.

—Un corazón que por amor falla, es triste suceso ante el que todos, incrédulos y escépticos que somos, debemos inclinarnos.

—Así es-suspiró el poeta La Posa —. Una muerte por amor... ¡qué bella muerte!

—Mejor es vivir-rezongó Malfreno.

—¡Tan joven y hermosa! —comentó Rodillo, apenado.

El único que, como siempre, guardaba silencio, era Bertoldo. Pero en sus gruesos labios vagaba de vez en cuando una sonrisa enigmática.

—Hablemos de otra cosa, señores —dijo Malfreno—. Tanta tristeza, me oprime. ¿Qué os parece una partida de naipes? Como es natural, no invito al señor Bertoldo, que de un tiempo acá parece darse a menos de unirse a nuestras diversiones...

El aludido torció el gesto, manoseando en gesto habitual la empuñadura de su larga espada.

—El señor Bertoldo tiene su carácter... —intervino apresuradamente el viejo Tito—. Dejémosle libre de ser como

quiera ser. Nosotros jugaremos una partida, en espera de la hora de cenar, que debe estar próxima.

La partida estaba ya avanzada, cuando, al oír pasos, los enanos quedaron convencidos que un lacayo venía a anunciarles la feliz hora de la cena.

Prorrumpieron en grititos agudos al ver que en la sala entraban una decena de mal encarados sujetos, vestidos con ropas mosqueteras, pero poco tranquilizadores en sus ademanes.

Llevaban en la diestra espadas desnudas y en la zurda pistolas cuyos cañones enfocaban hacia los cinco enanos.

Pero los asaltantes quedáronse inmovilizados, no sólo por una voz de mando, sino porque el estupor les dejaba boquiabiertos al contemplar aquellos diminutos seres.

Y a la carcajada emitida por el Pirata Negro los diez piratas rieron en réplica a mandíbula batiente...

Acalladas las risas, el Pirata Negro avanzó, manos extendidas.

—Haya paz, señores. Nada tenemos en contra de sus señorías.

La palidez y el temblor de Bertoldo pasó desapercibida por todos. Por espacio de varios minutos quedóse alelado y fríos los miembros, como el que se encuentra ante un espectro.

—Ruego tan sólo que no alborotéis inútilmente, señores-advirtió el Pirata Negro —. La guarnición de este palacio ha quedado dominada, y ahora soy yo aquí el Justicia Mayor. ¿Dónde están los señores don Gonzalo y don José?

El enano Bertoldo saltó de su escabel, pasada ya su profunda impresión.

—Yo puedo advertirles de vuestra presencia, señor capitán Lezama.

Inclinóse levemente el Pirata Negro.

—¿Me conocéis, señor?

—Os vi cuando vinisteis acompañando a doña Ángeles.

—Bien. Ya que sois tan galante, que os ofrecéis de emisario, id a decir al señor Justicia Mayor que en su despacho le aguardo, y convenced a ambos caballeros de que no intenten escapatoria alguna. La guarnición está igual, pero maniatada y reducida al silencio. Si pretenden huir, encontrarán el paso cerrado por veinte de mis hombres. Y en cuanto a las restantes señorías-abarcó con un gesto a los cuatro enanos petrificados de pavor —, quédense donde

están. Cinco de mis hombres les harán compañía. Los demás, conmigo.

En el despacho de don Gonzalo de Amor arrellanóse el Pirata Negro en el sillón del Justicia Mayor. A sus lados, quedaron “Piernas Largas” y “Cien Chirlos”, mientras los otros tres piratas se colocaban junto a la puerta de acceso.

—Vivo un instante feliz, mis valientes. Cuando termine mi labor de justicia, iré al encuentro de la que ha de ser mi esposa, contra viento y marea. Se opuso un puñal traidor, pero aquí estoy a exigir lo que por cortés demanda no se me dió. Ardo en deseos de subir y abrazarla. Pero en la espera está el placer.

En el despacho entró don José de Priego.

Tras él quedóse el enano Bertoldo adosado al umbral de la puerta.

El Pirata Negro contempló la apuesta figura de rostro abierto y franco del ex hombre de armas.

—Se os saluda, señor de Priego... Pero al que preferentemente deseo ver es al Justicia Mayor.

—Bienvenido, capitán Lezama. Deberíais excusar al señor de Amor. Está encamado, porque llevaba ya cierto tiempo con el corazón delicado. Y el médico desconfía de salvarle si se le somete a brutales impresiones.

—Yo fui sometido a una muy brutal impresión, y he sobrevivido. ¿Tendré que ir a sacar de su lecho al Justicia Mayor?

—Si insistís... —y, volviéndose hacia el enano, añadió el hipócrita secretario—: Vete a avisar al señor de Amor que el capitán Lezama exige su presencia.

Salió el enano a pasos cortos pero veloces, arrastrando tras sí la larga espada, que retintineaba contra el suelo.

—Podéis sentaros, señor de Priego. Por el instante sois llamado como testigo..., a menos que os tenga que acusar, llegado el momento.

—Sé por el señor Bertoldo que domináis de tal forma la situación, que no acudí espada en mano por considerarlo contrario a los intereses de Su Excelencia. No os lo reprocho.

—Gracias-dijo irónicamente el Pirata Negro.

—Quiero significar que si acudisteis noblemente... y se os recibió alevosamente, cuanto hagáis tiene excusa. Pero me permito

interceder a favor de Su Excelencia. Es caballero enfermo, y su corazón...

—Ya me lo habéis dicho. Su corazón falla. Pero el mío no falló cuando me lo buscaron por la espalda con la punta de un puñal bien manejado.

La expresión de asombro que actualmente se plasmó en el rostro del antiguo hombre de armas fué convincente. Y muy distinta a la expresión de pavor con que había oído la noticia por labios de Bertoldo, de que el Pirata Negro estaba vivo...

—Entonces, señor capitán, si sabéis quién os agredió, administrad justicia por vuestra mano —dijo, con alarde jugador.

—Todo se hará a su debido tiempo. Por cierto, ¿por qué me llamáis capitán Lezama? ¿Ignoráis que tengo otro apelativo?

—No me incumbe. Yo os conocí como a capitán Lezama, y tal sois para mí. Lo que lamento es que tengo que comunicaros una fatal nueva que mucho daría por...

Don Gonzalo de Amor, apoyándose en el brazo de un enjuto individuo, entró en su despacho. Llevaba en el rostro impresas huellas de un reciente dolor, pero que el Pirata Negro interpretó como demostración de temor.

—Buenas noches, señor Justicia Mayor. Os permito que toméis asiento; ya que veo estáis aparentemente muy débil.

—Su Excelencia está muy enfermo —dijo secamente el que le acompañaba.

—Tú ¿quién eres? Hablas sin que te haya preguntado.

—Soy Silverio, el médico de Su Excelencia. —Y mientras hablaba, el médico ayudó al Justicia Mayor a acomodarse en un sillón frente a la mesa tras la que el Pirata Negro dirigía una mirada colérica al enfermo.

—Hablarás cuando yo te lo consienta, médico-advirtió el Pirata Negro. —Veamos, señor Justicia Mayor. Supongo que al hombre que miente amistad y se convierte en asesino, vos le condenaríais a muerte, ¿no es así? Id eligiendo de este despacho la viga que os parezca más sólida, porque en ella quiero colgar al que, mintiendo hospitalidad, ordenó que me apuñalasen.

Gonzalo de Amor llevóse la mano al corazón, estrujándose el largo batín, y su rostro contraído perlóse do sudor.

Apartó con la otra mano al médico, que se inclinaba solícito.

—¿Qué has dicho, pirata?

—Lo que oyes, Justicia Mayor. Me instaste a que tomase tus malditas cartas de pago. Lo hice. Salí de aquí creyendo en tu posible amistad, y cuando me disponía a ensillar mi caballo recibí una puñalada traidora entre los dos hombros. Después me enviaron al agua del río… y fui pescado por milagro. Si hoy estoy con vida, a alguno de vosotros le ha debido sorprender.

—No creo en tales mentiras, pirata… Nadie te pudo apuñalar… Ni yo ordené tal cosa…

—Podría hacer que examinases mi espalda, y también podría traer un testigo de peso, en el hombre que me curó. Un testigo de mucho peso-añadió, sonriendo a la evocación del obeso maese Alba —. Pero si yo creí un día en tu palabra porque eras Justicia Mayor, tú vas a creer ahora en la mía, porque aquí he venido a administrar justicia.

—Es penoso… penoso lo que ocurre, pirata… —salmodió con voz quebrada el Justicia Mayor.

—Quizá lo sea para ti-dijo el Pirata Negro, ignorante de la fúnebre alusión a que se refería don Gonzalo de Amor —. Avanza, señor Bertoldo.

El enano llegó hasta la mesa, y sin ambages encaramóse en ella, sentándose con desfachatez junto al tintero.

—En cierta ocasión, señor Bertoldo, presumiste de saber mucho. No preguntes cómo lo sé. Que te baste con que te diga que lo sé. Ahora ha llegado el momento de que tú me reveles cuanto conozcas referente a la agresión de que fui objeto.

—No tengo ni la menor idea a lo que te refieres, pirata-dijo, con imprudente sorna, el enano.

Carlos Lezama avanzó una mano y quedó Bertoldo suspendido por el coleto de su jubón, debatiéndose como un energúmeno.

Levantóse Lezama, apartando de sí al pataleante Bertoldo, que mantuvo al extremo del brazo.

—Te traté como a un igual, señor Bertoldo. Pero te extralimitas, y si aquí eres bufón, no intentes serlo conmigo, que no admito bufonadas cuando no las pago o pido.

—¡Suéltame, o voto al diablo que te he de retar a duelo!

—No quiero pelea contigo, señor Bertoldo. Sé que eres bravo y buen espadachín, pero mis rencillas nada tienen que ver contigo.

Replica con buenos modales a mis preguntas y la paz reinará entre nosotros.

Lo dejó en el suelo, y Bertoldo, crispando los puños, hizo esfuerzos para dominarse. Influyó en su apaciguamiento la imperceptible señal que le dirigió José de Priego.

—Enojoso espectáculo, pirata... —murmuró con voz débil el Justicia Mayor—. Deberías saber que...

—Luego hablaremos los dos. Ahora, le toca el turno al señor Bertoldo. Tú presenciaste mi agresión, ¿no es así, señor Bertoldo?

—Sí. Yo vi quién te agredió.

—Dime, pues, quién era, porque me urge ver colgar de esta viga al que me apuñaló.

Bertoldo avanzó un paso y, deteniéndose ante el Justicia Mayor, proyectó hacia él su brazo derecho, con la mano bien abierta:

—¡Éste fué el que te dió la puñalada a traición!

Don Gonzalo de Amor empalideció. Sus labios temblaron, brotando en las comisuras tenues espumarajos... Dobló la cabeza, que abatió sobre el pecho...

Silverio inclinóse rápidamente encima de él, cogiéndole el pulso y aplicándole en el corazón la diestra.

Estuvo así varios segundos, en medio del mayor silencio que reinó tras la dramática actitud y exclamación del enano.

Irguióse por fin lentamente, cerrando los párpados del Justicia Mayor.

—Le ha fallado el corazón. Paz a su alma.

El Pirata Negro abalanzóse hacia delante, colocando frente a los labios del Justicia Mayor la hebilla de su cinto.

Ningún aliento empañó la bruñida superficie,

—Su corazón le ha hecho justicia. Mejor ha sido así. Porque lamentable escuela de justicia habría sido la de un pirata colgando a un Justicia Mayor. Ahora ya nada me queda por hacer. Tan sólo ir en busca de Ángeles y llevármela lejos de aquí.

José de Priego adelantóse con semblante serio.

—Quisiera suplicaros buen talante, capitán Lezama.

—De mí nada debéis temer, señor de Priego. Oí vuestra defensa generosa, tan generosa que el mismo Justicia Mayor os la reprochaba.

—Es que tengo que comunicaros algo que os entristecerá en

grado sumo. Iba ya a hacéroslo saber, pero me interrumpió la entrada de Su Excelencia.

—Abreviad. Tengo prisa por hallarme ante Ángeles. ¿De qué se trata?...

—No sé cómo comunicaros... Prefiero ceder la palabra al señor médico.

El aludido cruzó con prosopopeya sus dos manos ante el negro chaleco, y habló con empaque doctoral:

—La señora Ángeles sufría del corazón. Agravó su dolencia con sus reiteradas negativas a ingerir alimento. La invadió una languidez natural, dado su reacio comportamiento, y esta tarde, cuando el crepúsculo se iniciaba, ha muerto. También le falló el corazón.

CAPITULO XI

Alrededor de un catafalco

La impresionante indiferencia profesional con la que el médico anunció la fatal noticia, dejó anonadado al Pirata Negro, quien, en impulso primero de rebelde cólera, alzó los dos puños.

Pero, como quien acaba de recibir un mazazo inesperado, abatió los dos brazos y, tambaleándose en sitio, permaneció en silencio, crispadas las facciones en rictus de amargura.

Sus sienes martilleantes hicieron que se esfumara cuanto le rodeaba. La actitud apesadumbrada de sus hombres, que mudamente le acompañaban en su dolor; la expectante reserva con la que el médico y José de Priego le observaban, temerosos de una reacción violenta..., todo se esfumó a su vista.

Tardó unos instantes en sobreponerse, y con voz monótona, casi un murmullo, habló hacia José de Priego...

—Acompañadme donde... ella está.

Le precedió el maquiavélico urdidor de la intriga que había enlutado la mansión del Justicia Mayor, y tras él, andando como un autómata, el Pirata Negro ascendió rígidamente por unas escaleras hasta que José do Priego abrió una puerta, apartándose para permitirle la entrada.

Y con actitud de hombre discreto que prefiere no ser testigo de un sincero dolor, José de Priego cerró la puerta, quedándose fuera.

En el interior del aposento, sobre un catafalco lujoso, Ángeles de Amor parecía dormir.

Sus facciones delicadas ostentaban una plácida expresión de calma. Más que nunca era una niña-mujer llena de encanto y suavidad.

Con un sordo gemido cayó arrodillado el Pirata Negro y su

cabeza reclinóse ardorosa sobre la mano yerta que pendía inerte a un lado del fúnebre lecho.

Permaneció en esta postura, murmurando incoherentes palabras cariñosas sin sentido, hasta que febrilmente se puso en pie.

Vaciló unos instantes, y, al fin, inclinándose, depositó en los labios de la yacente el primer beso.

A su febril presión, los labios femeninos quedaron fríos y sin respuesta. La diestra del Pirata Negro apoyóse en el corazón sin latidos.

Los azules ojos estaban velados por el inconfundible sello de la muerte.

Cuando el Pirata Negro salió al exterior, ante sus ojos llameantes y la crispación de sus músculos, José de Priego retrocedió con cierto temor.

—Explicadme lo sucedido-dijo el Pirata Negro, con voz sin entonación, ronca y desprovista de matices.

—Vuestra ausencia involuntaria sumió en gran desesperación a la hija de Su Excelencia. El médico, hombre de gran saber, puso a contribución todos sus esfuerzos para evitar lo que fatalmente ha ocurrido. Según él mismo afirmó, lo que ha causado la muerte de vuestra prometida ha sido la desgana de vivir que de ella se apoderó al creeros alejado de ella para siempre. Complementado con su débil corazón, herencia de su padre, ahí tenéis la triste explicación de este desenlace, que con toda sinceridad lamento. Caro ha pagado don Gonzalo de Amor su crimen.

—¿Él? —rebatió roncamente el Pirata Negro—. Él descansa... Yo soy quien, con la muerte en el alma, tengo que seguir mi ruta trágica.

—Creedme que sinceramente comparto vuestra pena. Si en algo hubiese podido evitarlo...

En el colmo de la falacia de su hipocresía, José de Priego tendió una diestra, que el Pirata Negro estrechó, creyendo en la veracidad del que tan hábil era en el arte del disimulo.

—Adiós, señor de Priego. Que vuestro destino os depare lo que os merecéis.

Desde la ventana del aposento donde yacía Ángeles de Amor, José de Priego vió como el Pirata Negro y sus hombres se alejaban a todo galope.

Sonreía torcido el rostro en mueca satánica, cuando en la habitación aparentemente fúnebre entraron el médico Silverio y el enano Bertoldo.

Los tres cerca del catafalco, observáronse con sonrisa cómplice.

—Señores, un triunfo completo... —anunció José de Priego—. La muerte del Justicia Mayor ha sido oportunísima..., aunque ya contaba con ello, gracias a vuestros desvelos.

Saludó al médico, quien devolvió la cortesía, abandonando por unos instantes su habitual envaramiento.

—Bien supuse-dijo el médico-que la noticia de la muerte de su hija afectaría irremediablemente el quebrantado espíritu y corazón de don Gonzalo de Amor.

Bertoldo aproximóse al catafalco, empinándose sobre la punta de los pies para contemplar a la yacente.

—Parece absolutamente muerta... —comentó, maravillado—. Sois un talento endemoniado, señor Silverio.

—Por lo que respecta a don Gonzalo, estaba ya en los límites postreros de su resistencia física.

—La acusación de nuestro amigo-dijo José de Priego, señalando al enano, que se contoneó orgullosamente —aceleró el resultado halagüeño para nuestros intereses. Estuviste oportunísimo, señor Bertoldo, con tu genial intervención acusatoria. Casi se puede decir que mataste a un hombre con una frase.

—Poder de mis palabras... cuando considero que quien me escucha es mi enemigo-dijo malignamente el enano —. Pero tranquilizadme, señor médico. ¿Estáis cierto que doña Ángeles no está muerta? No respira, ni le late el corazón.

—Conozco muy bien loa efectos do la droga que esta tarde hice beber a doña Ángeles. Es una mixtura vegetal hindú que provoca un letargo absoluto durante veinticuatro horas... Mañana, al crepúsculo, doña Ángeles despertará. Debilitada, y quizá con el cerebro algo extraviado, a consecuencia del extraño efecto de tal droga. Y entonces, tal como os predije, señor de Priego, fácil os será convencerla que, huérfana y abandonada por el hombre amado, vos seréis para ella el mejor y más cariñoso de los esposos. Lo que no comprendo es por qué no quisisteis que le administrara realmente una pócima mortal. Subierais sido el único heredero.

José de Priego sonrió, pero aviesamente.

—Suponed que me haya enamorado de ella. No os apuréis por tal sensiblería de mi parte. Las cantidades que os prometí las percibiréis igualmente.

—¿Habéis meditado en la posibilidad de que algún día volviera el Pirata Negro?

—Por entonces espero ser Justicia Mayor y con mucha cortesía le acompañaría al cadalso.

—Ved que hoy estaba impresionado. Quizá algún día vuelva y en el pleno uso de sus facultades…

—No temáis tal evento, señores… Por entonces, si tal ocurriera, vuesas mercedes estarían lejos viviendo fastuosamente. ¿O quizá me honrarán siguiendo en mi compañía?

—No tal-dijo rápidamente el médico —. Yo pienso marcharme a otras tierras.

—Y yo… también-acotó Bertoldo.

Los tres cómplices se miraron, y al fin José de Priego estalló en una carcajada burlona.

—Disolución de nuestra sociedad. Es lo natural, ya una vez conseguido el éxito.

—Todavía no hemos terminado, señor de Priego-advirtió Bertoldo —. Ahora tenéis que conseguir, no sólo vuestro nombramiento de Justicia Mayor, y el tutelaje de doña Ángeles, así como el usufructo de la cuantiosa fortuna del fallecido Gonzalito.

—Buen trío de canallas-dijo inesperadamente José de Priego, con sonrisa irónica —. En fin, el poder del oro es demoníaco. Idos, señores. Dejadme a solas con la que ha de ser mi esposa.

CAPITULO XII

La luz en las tinieblas

“Cien Chirlos” y “Piernas Largas” cabalgaban a poca distancia del Pirata Negro, y de vez en cuando mirábanse con ceño apenado.

Hubieran dado gustosamente sus vidas con tal de evitar el dolor que adivinaban profundo y lacerante en el hombre que para ellos representaba la imagen de un hermano severo, un amigo buen consejero y un jefe sin igual.

Los treinta y tres jinetes cabalgaron incesantemente, hasta que, reuniendo todo su valor, “Cien Chirlos” espoleó su caballo, poniéndose a la altura del Pirata Negro.

—Señor...

Carlos Lezama, obsesionado por su reciente desesperación, no oyó la voz implorante de su lugarteniente, que repitió temerosamente:

—Señor...

—Habla.

—Los brutos... necesitan abrevarse, señor.

—A la primera posada, da orden de alto y pie a tierra.

Estaban cercanos a la capital sevillana y cuando “Cien Chirlos” apercibió a lo lejos un cartelón donde rezaba “Hostal de la Bienvenida”, encabritó su caballo tras tomar delantera, alzando una mano.

Los jinetes desmontaron, llevando sus cabalgaduras hasta el largo abrevadero.

Quedóse el Pirata Negro apartado, mientras “Piernas Largas”, haciéndose cargo del brioso bayo árabe, lo llevaba a refrescar.

“Cien «Chirlos” acercóse al dintel de la posada, en petición airada del mesonero. Quedóse detenido al ver aparecer a un capitán

de infantes que, seguido de cinco soldados, adelantóse.

—¿Qué buscáis aquí, forasteros? —preguntó imperativamente el oficial.

“Cien Chirlos” frunció el entrecejo, mirándole sin amenidad.

—Al posadero-dijo lacónicamente.

—Lo ahorcaron hace días de una viga de su propio establo.

—Al criado o al cocinero, pues.

—También los ahorcaron. ¿Quién sois? ¿A qué fuerzas pertenecéis?

“Piernas Largas” acudió en refuerzo del poco elocuente lugarteniente, para evitar alguna réplica poco diplomática.

—Como habréis observado, mi oficial, hicimos alto para abrevar nuestras monturas. Deseábamos también refrescar nuestros gaznates, pero, habiendo oído las noticias, no queremos ni pensamos recibir bebidas de los que fueron ahorcados.

—He preguntado quién sois y a qué fuerzas pertenecéis.

—Somos fuerzas libres, y nos vamos de nuevo, ya que aquí no hay posadero, mi oficial.

—Un instante. Aguardad. ¿Quién es vuestro jefe?

—Aquel caballero. Pero está bajo el peso de una reciente aflicción y no creo se avenga a conversaciones.

—Es lo que voy a ver. ¡A mí, soldados!

Del interior de la posada salieron una quincena de soldados, y el capitán avanzó hacia donde el Pirata Negro, absorto en sus reflexiones, no percibió su llegada.

El oficial detúvose ante él y tosió imperativamente.

—Os saludo, señor.

El Pirata Negro dirigió hacia el que le interpelaba una mirada mortecina.

—¿Qué deseáis?

—He preguntado a dos de vuestros hombres quiénes erais, y he observado reticencias y respuestas evasivas. ¿Tenéis a bien declinar vuestro nombre?

Por vez primera el Pirata Negro miró la enseña de la posada, y, al ver el cartelón, recordó un hecho reciente[1].

Entonces ella estaba llena de vida y calor… Su silencio fué mal interpretado por el oficial.

—Sabed que soy el encargado de velar por la seguridad de la

carretera real. Empiezo a impacientarme. ¿Queréis de una vez por todas decirme quién sois?

—Vos ¿qué hacéis en esta posada?

—Tratar de investigar quién dió muerte a cuatro soldados que aparecieron degollados en el establo.

—Fueron asesinados por el posadero y su criado.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabéis?

—Porque, en castigo, yo colgué de la viga al posadero y su cómplice. Quedáis ya percatado de lo ocurrido.

El oficial retrocedió un paso, llevándose la mano a la espada.

—¿Quién sois, voto a sanes?

—Carlos Lezama, pero no me dejan serlo, y prefieren conocerme bajo el apodo que en un día de luto me gané. Soy el Pirata Negro. Y ahora, amigo, regresad a la posada, y dejadme en paz.

—¡Daos preso!... —clamó el oficial, desenvainando.

—¡Largaos, imbécil! —rugió el Pirata Negro—. Sois pocos y no estoy de humor. Mirad a vuestro alrededor y observaréis que, si no queréis hacerles compañía a los soldados degollados, es preferible que tiréis al suelo vuestras armas.

Alrededor de los quince soldados y su oficial, los treinta y dos piratas, espadas desenvainadas y pistola a la zurda, ofrecían un cordón amenazador.

Vaciló unos instantes el oficial, pero ya sus soldados arrojaban apresuradamente al suelo sus armas.

Volviendo la espalda, el Pirata Negro montó de nuevo a caballo.

—Procurad no seguirnos, señor oficial. Tengo que desahogarme con alguien, y no deseo matar a soldados impertinentes. Con que regresad a la posada y no salgáis de ella en varias horas. ¡Presto!

Cuando ya los treinta y tres jinetes se alejaban “Cien Chirlos”, llamado por un gesto, acudió junto al Pirata Negro.

—Perdón, señor. Yo no sabía que en esta posada había...

—Olvídalo. ¿Qué contraseña apalabraste con los que quedaron en el “Aquilón”?

—Triple aspa de antorchas en la playa de Rota cuando anochecido.

—Bien. Hacia Rota. ¿Por qué me ojeas así?

—Quisiera..., señor, mil vidas daría... para que tú..., para ahuyentar las tinieblas...

—Hay una luz en mis tinieblas, guapetón. ¡Mi hijo!

* * *

Amanecía cuando un velero alejábase de la playa de Rota. Cabeceaba airosamente, venciendo el Levante que iba amainando.

En cubierta los tripulantes cumplían con los distintos menesteres de la maniobra.

Un rasgo común les identificaba. Un silencio malhumorado, muy contrario al sempiterno jolgorio de canciones con el que reanudaban siempre el inicio de la navegación.

Sabían que en el camarote de la sala capitana, el Pirata Negro luchaba a solas con una infinita desesperación.

Pero esperaban que como en otras ocasiones en que el hado adverso se había cebado con su jefe, éste se sobrepondría al recio golpe de la muerte de la mujer amada.

Sobre todo confiaban en el bálsamo de olvido que representaba el muchacho vigoroso que era la fiel imagen del Pirata Negro.

Al tercer día de navegación hacia las islas Canarias, por un mediodía esplendoroso, todos los tripulantes del "Aquilón" reuniéronse apiñados en la base del castillete de proa.

En lo alto, apoyado en el reborde, el Pirata Negro acababa de silbar estridentemente.

—Pasó la tormenta, mis valientes. Quedan aún posos, pero las tinieblas de dolor irán alejándose cuando vea a mi hijo. De ahora en adelante, hago un voto solemne: Si alguna mujer me inspira afecto de amor, huiré; porque es mi sino tal, que desventura atraigo sobre la infeliz que en mí entrega amores.

Pasóse el Pirata Negro una mano por la frente, y una sonrisa amarga dibujóse en sus labios.

—Mi barco y mi hijo. Esos son mis amores. Y afecto... el que pongo en vosotros, porque bellacos y bribones sois, pero fieles y siempre a mi lado. Ahora recogeremos a mi hijo, y de nuevo partiremos al Caribe. Allí, al menos, nadie me echará en cara mi pasado.

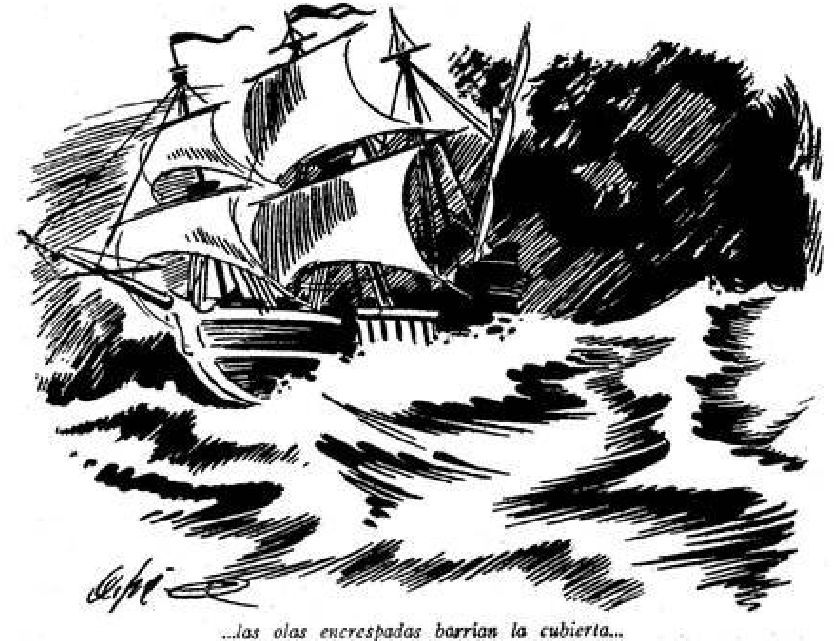
Avanzó el busto y su diestra describió un semicírculo.

—Y basta ya de rostros cariacontecidos, mis valientes. Os agradezco que hayáis compartido mi pena... Pero no quiero que mi hijo vea llegar a una tripulación de rostros fúnebres. Cantad y reíd, porque los sauces llorones son arbusto de cementerio. Las penas se

guardan dentro.

Quedó unos instantes en silencio y, al fin, habló con incisiva dureza:

—Es posible que nos haya precedido en el camino algún navío español, y por piratas perseguidos, tuviéramos en las islas una acogida calurosa. Quiero evitar que se derrame sangre de los que creen sinceramente cumplir con un deber. Por mi hijo no temo, porque quedó al cuidado del señor Lucientes. Cuando avistemos tierra de La Palma, el “Aquilón” se mantendrá alejado y al pairo. Recogeré a mi hijo y haremos rumbo hacia nuestro mar. El mar de los piratas, al cual nos empuja la corriente de la incomprensión humana. Podéis volver a vuestras ocupaciones.



...las olas encrespadas barrían la cubierta...

Al octavo día de navegación desencadenóse un furioso temporal, en el que las olas encrespadas barrían la cubierta con mugidos estremecedores.

Por espacio de un día y una noche, toda la tripulación luchó contra la feroz acometida de los elementos desencadenados...

“Cien Chirlos” y “Piernas Largas" en los lugares más expuestos, bregaban incansablemente, hasta que, al iniciarse el segundo día de incesante tormenta, el viento amenguó y el mar empezó a

aquietarse.

Pasado ya el peligro, que el velero sorteó victoriosamente, el Pirata Negro descendió a su camarote.

No pudo ver el fenómeno natural, que heló la sangre de los restantes tripulantes.

Hacia el oeste, una cruz de fuego parecía surgir del agua, aureolada por un resplandor amarillo de espectrables livideces.

Castañeteando los dientes, el supersticioso “Piernas Largas” hizo impensadamente el gesto que desde su infancia no había repetido.

Devotamente se persignó…

Cuando la cruz de fuego desapareció, susurró al oído de “Cien Chirlos”:

—Funesto presagio, “Cien Chirlos”. Es el signo de la “malaestrugancia”, que anuncia la muerte y dolor para el ser que más queremos.

—Él… no lo vió… Pero un día me explicó que esa cruz se llamaba Fuego de San Telmo, y que era cosa tan natural como el Sol y la luna, o las auroras de noche en los mares helados del Septentrión.

—Será así, pero recuerda lo que le ocurrió al corsario inglés en mar de Jamaica. Triunfaba siempre… Vió la cruz de fuego, y al día siguiente le ahorcaban del palo mayor de su goleta.

—Tenía que morir un día u otro.

—¿Y lo que le sucedió al vikingo que…?

—¡Calla, maldito seas y condenado te veas! —rugió “Cien Chirlos”—. Hablar de desgracias las acarrea.

—Mudo quedo…, pero, ¡ojalá muera yo pero nada le haya pasado al chavea!

—¡No puede haberle ocurrido nada! Velaba por mi ahijado el señor Lucientes.

Pero ya él resto del viaje los dos lugartenientes sonreían forzadamente cada vez que veían siluetarse en el puente de mando la figura de Carlos Lezama, oteando impaciente el horizonte.

Sonreían para que él no viera plasmado en sus rostros el temor supersticioso que les embargaba desde que al terminar la tormenta habían apercibido la cruz de fuego.

Al decimoctavo día de navegación, apareció en el horizonte la verdosa línea de la isla de La Palma, y cuatro horas después una

lancha velera fué arriada tomando en ella acomodo el Pirata Negro y “Cien Chirlos”.

CAPITULO XIII

Zarpazos

La lancha velera atracó en una playa desierta poco distante del puerto palmeño. El anclote engarfiado en el tronco de un árbol que sobresalía de una roca, cuya base era lamida por el apacible mar, mantuvo asegurada la embarcación.

El Pirata Negro y “Cien Chirlos,” desembarcaron, dirigiéndose hacia la capital. Internábanse en una amplia avenida, cuando a su encuentro avanzó un joven de apuesto continente, que, destocándose el chambergo, saludó cortésmente a Carlos Lezama.

El Pirata Negro devolvió el saludo, aunque desconocía al que les interceptaba el paso.

—Me honra y a la vez me apena entrevistarme con vos, señor Lezama.

—No recuerdo haber tenido el placer de seros presentado, señor...

—Alfonso Gálvez. Fui íntimo amigo del Adelantado Lecuona, el náufrago que vos salvasteis.

—Habéis dicho que os apena el verme. ¿Por qué?

—Tengo malas noticias que daros, señor Lezama.

—¿Mi hijo? —preguntó impaciente el Pirata Negro.

—No, no caballero. Vuestro hijo, en compañía de la señora Lucientes, partió a la isla de Lanzarote, donde se hallan.

El pecho del Pirata Negro volvió a respirar normalmente. Examinó tranquilizado el aspecto elegante del que se había presentado como Alfonso Gálvez.

—Entonces, ¿qué malas noticias podéis darme?

—Vos teníais una gran amistad por el señor Lucientes, ¿no es así?

—Ciertamente.

—Tengo, pues, que heriros en la amistad que le profesáis, ya que el señor Lucientes se ha comportado como un canalla. Perdonad que os hable tan crudamente...

—Exponedme los motivos que os hacen calificar así a mi amigo-dijo ceñudamente el Pirata Negro.

—Recordaréis que él vino acompañando a Rosa Hoyos, rescatada por vos de los piratas de Berbería.

—En efecto. El señor Lucientes la acompañó y ella debía casarse con el señor Adelantado.

—Pues incumplió traidoramente lo que tenía obligación de hacer. Casi no me atrevo a contaros lo que realizó.

—Atreveos.

—Podéis pensar que calumnio a un ausente.

—Testigos tendréis de cuanto digáis.

—Sí. La isla entera os repetirá el pasmo de horror que nos acometió cuando vimos la maldad con la que actuó Diego Lucientes.

—Forzosamente habrá error. Reconozco que mi amigo es algo versátil y levemente alocado, pero es incapaz de maldad.

—Entonces hallemos excusa a su comportamiento criminal, buscándole la atenuante de la pasión que resintió por Rosa Hoyos.

—¿Comportamiento criminal en Diego Lucientes? Me temo, mi joven caballero, que sois vos quien se está extraviando.

—Juzgadme con cuantos testigos queráis. He aguardado impaciente vuestro regreso, porque sabía que tarde o temprano-vendríais en busca de vuestro hijo, tal como prometisteis.

—Y tengo ya impaciencia por salir a su encuentro. Conque, hacedme la merced de abreviar cuanto tengáis que decirme del señor Lucientes.

—Envenenó al Adelantado. Se casó con Rosa Hoyos, engañándola, y la ha dejado abandonada con la hija que de otro matrimonio tuvo y vuestro hijo, en la isla de Lanzarote.

La diestra del Pirata Negro cogió por coleto al joven palmeño.

—¿Qué osáis decir? ¿El señor Lucientes envenenar?... Estáis loco, mi joven caballero, y me temo que... espada en mano vais a darme cuenta de vuestras calumnias.

Pálido el semblante, Alfonso Gálvez procuró hablar con entonación tranquila.

—No os pido cuentas de vuestra violencia, señor Lezama, porque comprendo que es un zarpazo duro para vuestros sentimientos de amistad averiguar de golpe que el hombre al cual honrabais con vuestra confianza es un criminal. Preguntad a quien queráis de la isla. Os dirán que al día siguiente de la llegada de Diego Lucientes, murió envenenado el Adelantado, y, poco después, vuestro amigo, que no merece serlo, esposaba a Rosa Hoyos.

El Pirata Negro soltó al hombre que mantenía por el coleto.

—Vais a venir conmigo, y os juro que si pensasteis sorprenderme con calumnias, caro os costará.

—Desgraciadamente comprobaréis la certeza de cuanto os afirmo.

—Si el señor Lucientes envenenó al Adelantado, y toda la isla lo sabe según afirmáis, ¿por qué razón se le dejó en libertad de poder huir?

—Las sospechas se confirmaron después de su partida.

—Consiento en creer que, llevado por su temperamento alocado, el señor Lucientes haya abandonado a su esposa; pero nunca podré admitir que envenenase a nadie, fuera quien fuese... No es hombre que use de tan rastreros métodos.

Andaban hacia el edificio donde ondeaba la bandera que indicaba que allí se alojaban fuerzas reales, cuando el Pirata Negro se detuvo.

Sentado en un banco, un robusto individuo de rostro rubicundo y rubia cabellera, dormitaba en postura desmadejada.

Acercóse el Pirata Negro al durmiente, en cuyo hombro apoyó una mano. Despertóse instantáneamente el sacudido.

—¡Hola, muchacho! ¿Tú no pertenecías a la tripulación del bergantín capitaneado por el señor Lucientes?

El interpelado púsose en pie prestamente, cuadrándose con disciplinada energía.

Habló en francés, con fuerte acento bretón:

—Sí, señor. Estaba a las órdenes de Ankou Kerbrat. Soy Maël, el contramaestre. Espero ahora barco donde enrolarme.

—¿Conoces al caballero que me acompaña?

Miró el bretón a Alfonso Gálvez.

—No personalmente, mi capitán. Pero sé que es caballero rico, hijo de una autoridad de la capital.

—Bien. ¿Por qué abandonaste el bergantín?

—El pelirrojo manco me hizo azotar, mi capitán-y el bretón escupió despreciativamente en el suelo.

Iba Lezama a abofetear al bretón, pero se contuvo extrañado. Sabía que la tripulación del bergantín estaba elegida cuidadosamente entre honrados pescadores amantes del buen yantar y la buena paga...

Pero también sabía que eran disciplinados y, aunque rudos, veraces en cuanto afirmaban.

—¿Por qué te has permitido delante mío ese gesto? ¿Por qué hablas tan irrespetuosamente del que era tu jefe?

—Comentaba yo en la cala con otros bretones el crimen del pelirrojo manco-dijo testarudamente el llamado Maël-y me sorprendió el criminal. Me abofeteó y yo, cegado, fui a devolverle el golpe... Pero Ankou Kerbrat me dió un puñetazo. El pelirrojo manco me hizo atar al mástil y me administraron cuarenta latigazos. Cuarenta... ¡ni uno menos! Por hablar la verdad. Y no lo siento. Estoy sin barco, pero lo prefiero a seguir bajo las órdenes de quien es un envenenador de un hombre bueno y honrado, y que lo mató para robarle la esposa.

Volvió a escupir el bretón...

El Pirata Negro le volvió la espalda.

—Bien, caballero-dijo encarándose con Alfonso Gálvez —. Supongo que hallaré confirmación de cuanto oigo, de labios de los familiares de Rosa Hoyos.

—Se trasladaron con ella a la isla de Lanzarote. Tenían allí unos parientes que residen en Arrecife, la capital... Dicen por aquí que se fueron avergonzados del clamor popular que acusaba al envenenador. Más tarde he sabido que él huyó, abandonándolos...

—Volveré, señor Gálvez, si en algo habéis mentido. Perdonadme de antemano si no es así.

Saludó Alfonso Gálvez con evidente cortesía.

—Comprendo muy bien vuestra actitud, señor Lezama. Es molesto aprender que el que era un amigo... es un canalla.

—En Arrecife de Lanzarote la familia Hoyos sabrá informarme. Me urge no sólo averiguar por qué razones el señor Lucientes ha huido, dando pábulo a que se le pueda suponer capaz de crimen tan alevoso. Y también me consumo la impaciencia de ver a mi hijo.

Hasta pronto, señor Gálvez, si habéis calumniado; hasta nunca, si sois veraz.

* * *

El velero, rumbo a Arrecife de Lanzarote, navegaba a toda vela favorecido por la nítida y encalmada superficie y la suave brisa que hinchaba sin violencia sus lonas.

El Pirata Negro paseaba meditativo por el puente de mando.

Por más que se esforzaba, no podía creer en la culpabilidad de Diego Lucientes. Alguna explicación natural debía haber en su actitud, aunque tanto el marino bretón como Alfonso Gálvez parecían veraces en sus afirmaciones.

Los recortados perfiles volcánicos de la isla de Lanzarote tenían una majestuosidad impresionante que aumentó en intensidad al anclar el velero en el estrecho paso que se abría entre dos altos acantilados próximos a la pequeña población de Arrecife.

Desembarcaron el Pirata Negro y sus dos lugartenientes, y poco después eran objeto de expectación por los pescadores que en la playa remendaban sus redes, ayudándose hábilmente con los dedos de los pies desnudos para tensar los cordajes.

—Buenos días tengáis, hombres de mar-saludó el Pirata Negro.

—Buenos os los deseamos, señor —replicó uno de los pescadores, en cuyo rostro una barba en collar destacaba en blancura por contraste con su bronceada piel.

—¿Podéis informarme de la residencia de una familia llamada Hoyos, que procede de la isla palmeña?

—Hoyos... Hoyos... —repitió el anciano, parpadeando en esfuerzo de memoria—. ¿En qué barco vinieron?

—Seguramente en bergantín cuyo capitán era un caballero de alta estatura, pelirrojo y manco del antebrazo izquierdo.

El anciano cabeceó lentamente.

—Recuerdo, señor. Vinieron hace cosa de un mes. Yo... tengo mala memoria-y el viejo deslizó una mirada especial hacia el Pirata Negro —. ¿Podéis decirme quién sois?

—Carlos Lezama.

—¿Vuestro hijo era un mozo fuerte y con mucha energía, que gustaba de jugar con velas y aparejos?

—Sí-replicó impaciente el Pirata Negro —. Decidme ya, y excusad mi ansia. ¿Dónde está?

El anciano pescador agachó la cabeza y señaló con la mano hacia un sendero a su izquierda.

—Tomad aquel vericueto, señor. Seguid por él... y os informarán mejor que yo... Buenos días tengáis.

Encogiéndose de hombros, el Pirata Negro replicó al saludo de despedida y, seguido por sus dos lugartenientes, atravesó en su ancho la playa soleada, hasta entrar en el estrecho sendero arenoso que a través de la vegetación parecía conducir hacia la capital.

—Extraño proceder el del viejo-comentó él en voz alta —. Será chochez de senilidad.

Una mujer avanzaba por el sendero en sentido contrario al que andaban los tres hombres.

Llevaba sobre la cabeza en equilibrio prodigioso una voluminosa jarra y apoyaba en su cadera un fardo pesado.

—Buenos días-saludó el Pirata Negro, destocándose —. ¿Por azar, señora, podéis informarme de dónde residen una familia llamada Hoyos? Soy el capitán Lezama, Carlos Lezama.

—¿Carlos Lezama? —musitó ella como si el nombre le causara pavor.

Apretó el paso alejándose presurosa.

El Pirata Negro frunció el ceño, mirando a sus dos lugartenientes.

—Hay mucho sol en esta isla. Sufrirán sus habitantes de insolación, porque me hacen el efecto de una manada de locos pacíficos.

Siguieron andando. En un recodo, el sendero se estrechaba...

De pronto el Pirata Negro se detuvo, contemplando un rudimentario túmulo formado por un montón de tierra roja sobre el que se enclavaba una cruz tosca en la que había trazados signos en negro.

Un rugido escalofriante escapóse del pecho de Carlos Lezama, que, dando un traspiés, cayó tendido cuán largo era, abrazado al montón de tierra roja.

Estupefactos, “Cien Chirlos” y “Piernas Largas” avanzaron hasta quedar en pie, sin saber qué hacer.

El andaluz engarfió la diestra clavándosela en los labios para contener el grito que pugnaba por escaparse...

“Carlos Lezama. Muerto el 10 de abril de 1710. A la temprana

edad de siete años. Dios acoja su alma inocente.”

“Cien Chirlos” cayó de rodillas, y en el estrecho sendero sólo se oyó el jadear de un hombre tendido sobre un túmulo de tierra roja y los sordos sollozos que tras él contorsionaban grotescamente los rostros de los dos piratas arrodillados

FIN

¡Dos héroes inolvidables!...



TITULOS PUBLICADOS:

1 — La espada justiciera.
2 — La bella corsaria.
3 — Sucedió en Jamaica.
4 — Brazo de hierro.
5 — La carabela de la muerte.
6 — El leopardo.
7 — Cien vidas por una.
8 — La bahía de los tiburones.
9 — El corso maldito.
10 — Rebelión en Martinica.
11 — Los filibusteros.
12 — La primera derrota.
13 — La dama enmascarada.
14 — Los tres espadachines.
15 — Los mendigos del mar.
16 — El Rey de los Zíngaros.
17 — Noches fantasmales.
18 — Montbar, el exterminador.
19 — La tumba de los caballeros.
20 — Frente a frente.
21 — Esclavitud y rescate.
22 — Deuda saldada.
23 — El holandés fantasma.
24 — "Mezzomorto".
25 — Mares africanos.
26 — Enemigos irreconciliables.
27 — La ciudad invisible.
28 — El capitán Lezama.
29 — Contra viento y marea.



El patriota cien por cien, que lucha contra el invasor y combate a los opresores del pueblo. El descendiente de **EL PIRATA NEGRO**, cuyas hazañas son dignas de las de su antecesor.

¡UN HEROE ESPAÑOL LEGITIMO

Si sois lectores de **EL PIRATA NEGRO**, no dejéis de adquirir los episodios de **DIEGO MONTES**.

TITULOS PUBLICADOS:

1 — El bandolero heroico.
2 — Claveles sangrientos.
3 — El toro.
4 — Malatesta.
5 — La duquesa y el bandolero.
6 — El galán de la muerte.

¡¡ Coleccione los episodios de **DIEGO MONTES** y poseerá unos relatos emocionantes y vivos que leerá muchas veces !!

¡SENSACIONAL!

Muy pronto tendrá Ud. ocasión de leer las emocionantes aventuras de

EL CRUZADO

un héroe legendario cuyas verídicas hazañas superan en emoción todo cuanto pueda crear la más fértil fantasía de un autor.

UN EPISODIO SEMANAL: **TRES PESETAS**

Notas

[1] Ver El capitán Lezama< <